

ENCUESTA

¿ES EL EVANGELIO LA NORMA SUPREMA DE LA VIDA MONÁSTICA?

I. ¿Le parece a usted que nuestros monasterios tienen como regla suprema el Evangelio?

II. ¿Cuál es la razón –según su manera de ver– por la cual no vivimos más intensamente el Evangelio?

III. ¿Cuál ha sido la influencia del Evangelio en la renovación de los monasterios?

IV. ¿Qué habría que hacer, concretamente, para una mayor vigencia del Evangelio en las comunidades?

CUADERNOS MONÁSTICOS hizo estas cuatro preguntas a diversas personas de Iglesia: obispos, abades y superiores de monasterios, teólogos, escritores, comunidades monásticas. Todos acogieron con benevolencia y hasta con gratitud nuestro pedido, y muchos de ellos nos han enviado sus respuestas que denotan una inmensa sinceridad y deseo de cooperar a una mejor vivencia del Evangelio en nuestras comunidades, para que podamos dar a la Iglesia lo que espera de nuestro compromiso.

CUADERNOS MONÁSTICOS se alegra de poder ofrecer a sus lectores esta palabra sabia y orientadora, y agradece a todos los que se inclinaron hacia esta modesta publicación para brindarle la riqueza de sus talentos.

Lo primero que llama la atención en todas las respuestas es su sinceridad, ecuanimidad y calma. Fruto de una serena reflexión personal o comunitaria, evidencian que sus autores están habituados a mirar las cosas en Dios. Esto ya es un aporte fundamentalmente positivo.

Todos responden que, efectivamente, la regla suprema para los monasterios es el Evangelio: no podría ser de otro modo puesto que la vida monástica es el seguimiento de Cristo por el Evangelio. Pero si de derecho es así, no resulta tan claro el hecho. Por eso, “urge restablecer en los monasterios el primado de la caridad evangélica”, dice D. Clemente Isnard, benedictino, obispo de Nueva Friburgo, Brasil. “Se impone una constante referencia a Cristo y al Evangelio y una simplificación que será fruto de este volver al Evangelio”, anota el P. Lorenzo Ferrer, osb, prior de Santa María de Usme, Colombia, fundación nueva de tipo simple. Y D. Gabriel Brasó, abad presidente de la Congregación Benedictina de Subiaco, indica, como un primer paso, negativo pero imprescindible, “renunciar decididamente a las formas de mundanidad que se han ido introduciendo en los monasterios, porque son contrarios al Espíritu”.

La Madre abadesa de Nuestra Señora de la Consolación de Stanbrook, Inglaterra, Elizabeth Sumner, en su muy equilibrada respuesta, nos dice con fino sentido de confianza: “No nos desalentemos con el temor de que en nuestros monasterios no estemos viviendo el Evangelio como realmente deberíamos. Aquí en la tierra, nunca alcanzaremos nuestro ideal, pero Cristo está entre nosotros...”. Y encuentra que lo primero es estar en contacto permanente con el Espíritu de vida a través de una formación en la Escritura, vivida con interioridad. “Por consiguiente es muy importante que desde el noviciado se estudie la Escritura para aprender a vivir conforme a ella”. Esta hambre y sed de una lectura sapiencial de la Escritura es el clamor de todos y resalta en las reflexiones de las comunidades, que, por otra parte, coinciden llamativamente en sugerir –casi todas ya lo han comenzado– la lectura comunitaria del Evangelio y su comentario en común. A este respecto, resultará interesante la contribución de

André Chouraqui, escritor y hombre de acción de ascendencia judía, francesa y árabe, figura relevante en la promoción de las relaciones interreligiosas. Citamos sólo esto: “Un mejor conocimiento de la Biblia sería el factor más poderoso del renacimiento espiritual de que el mundo tiene una necesidad tan urgente”. En lo que coincide el P. Jacques Loew, que en su carta nos dice: “Me gustaría poder alentar a las órdenes religiosas a que se encuentren nuevamente con la gran tradición de la *lectio divina* con su *meditatio*, *su oratio* y *su contemplatio*. Me parece que los hombres podrían luego imitar esto, y estoy convencido de que solamente el retorno a la Sagrada Escritura permitirá ver con claridad en los problemas que se plantean en nuestros días”.

La renovación emprendida tras el impacto del último Concilio se ha hecho en base de una relectura del Evangelio y de la Regla, a la luz de las directivas conciliares. “Al mismo tiempo – dice el P. Pablo Gordan, o.s.b.– se ha descubierto el mensaje social del Evangelio, la corresponsabilidad de todos los hombres, el compromiso que se tiene con el prójimo, dentro y fuera de la comunidad”. El P. Lassus, o.p., apunta sin ambages que “... asistimos a una conversión a veces intempestiva y por lo tanto desequilibrada de nuestras vidas monásticas. Pero es cierto, sin embargo, que en esa voluntad de cambios, lo que prima es justamente un deseo de retorno al Evangelio. Damos pasos en falso, hay que reconocerlo, pero no puedo menos que constatar una auténtica y feliz relectura del Evangelio en esas pequeñas comunidades monásticas laboriosas y pobres y que oran de verdad...”.

El P. Ireneo Hausherr, sj, nos da criterios válidos para apreciar la influencia del Evangelio en la renovación monástica. Nos advierte que habría que examinar la autenticidad evangélica de la doctrina y de la práctica en lo que se refiere a la contemplación, la obediencia, el *opus Dei*, la pobreza, la penitencia y mortificación, y explicita brevemente cada punto con su reconocida competencia.

“La renovación evangélica –concluye el P. Tillard, op– marcha lentamente en lo secreto de los corazones o en la conversión de las voluntades antes de manifestarse exteriormente. Pienso que, en general, todos los monasterios han querido renovarse según el Evangelio. El problema reside en que frecuentemente no entienden todos del mismo modo lo que el Evangelio significa y, sobre todo, lo que les exige”. Por eso, diremos con el P. Minard, osb, que “para seguir siendo fuente de vida, la savia evangélica exige una constante revisión de la manera cómo se la vive, y esta revisión no tendrá por objeto tanto las observancias, las formas de oración o de acción, sino lo que da a las observancias, a la oración y a la acción su carácter evangélico...: amor, servicio, perdón”. Lo que, por otra parte, expresa hermosamente el P. abad André Louf, ocsa, cuando dice: “... que la Palabra derribe nuestras vanas pretensiones de perfección y construya en nosotros el camino de la conversión y del arrepentimiento; que la idea misma de perfección, a la luz de la Palabra, se invierta, puesto que, en adelante, toda justicia es la de pecadores perdonados, fuera de la cual no hay santidad en Jesucristo...”.

Y ahora, lo invitamos, querido lector a leer las páginas que siguen, y le deseamos una lectura agradable, rica y provechosa que dé frutos renovados de vida monástica auténticamente evangélica.

Hna. Paula Debussy, osb
Abadía de Santa Escolástica

Mons. Clemente José C. Isnard

Obispo de Nueva Friburgo
Nueva Friburgo - Brasil

No es fácil responder a las cuatro preguntas formuladas por *Cuadernos Monásticos*. Pero estas preguntas representan la gran problemática del monaquismo benedictino en nuestros días, y, por eso, aún cuando titubeando y a tientas, es un deber de todos los que aman al monaquismo en su

forma benedictina, intentar por lo menos una respuesta aproximativa.

San Benito compuso su *Regula Monasteriorum* movido por el Espíritu Santo para disciplinar un ambiente monástico, peligrosamente confuso, que necesitaba normas jurídicas a fin de vencer un excesivo pluralismo.

Sin embargo, san Benito compartía la opinión de san Antonio, de que la Regla Monástica por excelencia es la Palabra de Dios revelada (cf. cap. 73). Su Regla fue una aplicación de los imperativos del Evangelio con vistas a la organización de un género de vida monástico, o cenobítico, inscrito en un determinado contexto histórico.

Hoy, la problemática es muy diversa, por no decir opuesta, a la del tiempo de san Benito. La Iglesia está dando los primeros pasos para salir de una proliferación asfixiante de normas jurídicas que, en algunos puntos sofoca al espíritu del Evangelio. Por esta razón, se está reformando aún el Derecho Canónico que legisla también para los monjes.

¿Y qué pensar, a la luz del Evangelio, de la discriminación racial o lingüística en la admisión de candidatos para el monasterio? ¿Y qué pensar de la exclusión de los hijos ilegítimos? ¿Y de tantas otras cosas a las que nos acostumbramos, aportes medievales o renacentistas, que reflejan un condicionamiento sociológico ultrapasado, y contrarían no sólo al Evangelio sino al mismo san Benito? (cf. el problema de las rejas de clausura y el mensaje que san Benito mandó al monje que se había hecho atar con una cadena de hierro...).

Concluyendo, pienso que, dentro del movimiento general de reforma de la Iglesia, es necesario promover la reforma de nuestros monasterios para que sean eliminadas de la disciplina monástica sedimentaciones sociológicas ultrapasadas y sea promovido un retorno a las fuentes evangélicas, sin olvidar no obstante la debida atención a los “signos de los tiempos”.

Aclaro que esa reforma no puede ser tomada como una “facilidad”, como una acomodación al “mundo”, lo cual redundaría en un alejamiento de la meta que se quiere alcanzar, sino como una profundización para vivir en plenitud el Evangelio hoy.

Me tomo la libertad de pasar a la pregunta número 4, y respondo: hacer del Monasterio una verdadera comunidad de caridad, en la línea de la conclusión del Prólogo de la Santa Regla (*propter conservationem caritatis*), en la línea de la conclusión del Capítulo VII (*caritas illa*) y en la línea de inúmeros pasajes de la Regla que aplican el Nuevo Testamento: “Amaos los unos a los otros como Yo os he amado” (Jn 15, 12). La disciplina monástica está en función del amor, y esto es la enseñanza del Evangelio y de san Benito. Pero el legalismo y el formalismo, reintroducciones subrepticias del fariseísmo en la Iglesia de Cristo, cuyos trazos no podemos dejar de reconocer en la historia del monaquismo, como en la de la propia Iglesia, pueden ahogar el Amor y desvitalizar el monaquismo. Urge, pues, restablecer en los monasterios el primado de la caridad evangélica, tomando de la Santa Regla, con discernimiento, los grandes manantiales de agua viva del Evangelio que, aplicado, nos transmite.

P. Gabriel M. Brasó, osb

Abad Presidente de la Congregación Sublacense

Via S. Ambrogio, 3

00186 Roma - Italia

Ante todo, me parece importante precisar qué entiendo por Evangelio. Porque, con frecuencia, se da el nombre de Evangelio a uno u otro aspecto de su doctrina, como si en él se encontrase el resumen o el punto culminante de todo el mensaje evangélico. Así fácilmente se corre el riesgo de parcialidad. Basta ver qué actitudes más diversas y aún opuestas se adoptan, fundándose siempre en el Evangelio. Además, en los evangelios se encuentran muchas normas morales que

no hacen más que confirmar y destacar ciertos aspectos más importantes de la moral natural: justicia, lealtad, respeto a los derechos de los demás, amor al prójimo como a sí mismo, etc. Por esta razón, aún a título de Evangelio, podemos quedar en una posición simplemente precristiana. Bastarían los libros del Antiguo Testamento para establecer en nuestro mundo la justicia, la paz y el amor. La parábola del buen samaritano fue pronunciada para ilustrar un precepto de la Ley. Con el Antiguo Testamento se puede llegar a la perfección de los “pobres de Yahvé”. Por esto el Evangelio no viene a suprimir la Ley o los profetas. Es otra cosa el Evangelio.

Evangelio es la buena nueva. Es el anuncio de que Dios ha amado tanto al mundo, que ha entregado su Hijo Unigénito para que quien crea en El no perezca, antes bien tenga vida eterna (*Jn 3,16*). Es el mensaje pascual que san Pablo nos transmite como “el Evangelio, por el cual somos salvados”, o sea, “que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, y que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras” (*1 Co 15,1 ss.*). O según él mismo escribe a los romanos: que “Cristo fue entregado a causa de nuestros delitos y resucitó para nuestra justificación” (*Rm 4,25*). Para quien acepta con fe este Evangelio, su actitud de respuesta no puede ser otra que la que san Pablo precisa: cambiar de rumbo, con una vida nueva (*Rm 6,4*), en la que ya no vivimos para nosotros, sino para Aquel que por nosotros murió y resucitó (*2 Co 5,15*). Hasta vibrar de entusiasmo, como san Pablo: “¡me amó y se entregó por mí!” (*Ga 2,20*) y, en consecuencia, orientar la vida hacia donde se encuentra Cristo a la diestra del Padre y buscar las cosas de allá arriba, no las de aquí abajo, puesto que la vida del cristiano está ya escondida con Cristo en Dios (*Col 3,1-3*).

La Regla enseña al monje a marchar por este camino del Evangelio decididamente y sin impedimentos. No de una manera desencarnada, sino, como san Pablo: viviendo la vida presente en la carne, pero como conviene a la fe en el Hijo de Dios (*Ga 2,20*). El monaquismo cristiano -que nada tiene que ver con la naturaleza y las formas del monaquismo no cristiano- se funda en la aceptación integral del mensaje pascual del Evangelio, con la consiguiente orientación total hacia Jesucristo para llegar al: “Vivo, pero no yo, sino Cristo en mí” (*Ga 2,20*), bajo la acción del Espíritu Santo.

1. Bajo esta perspectiva, no sé cómo responder a la primera pregunta del cuestionario. Decir simplemente “no”, sería injusto y ofensivo. Pero tampoco me atrevo a responder con un simple “sí”. Además, no es el monasterio, sino cada uno de los monjes, quien debe tomar el Evangelio como norma suprema de vida. El monasterio le ofrece los medios más adecuados. Pero éste será siempre, en último término, lo que sean sus monjes. Por otra parte, el testimonio evangélico que el monasterio está llamado a dar sólo será auténtico en la medida en que refleje la vida evangélica de los monjes.

2 y 3. En general, aun en plan de renovación, me parece que nos hemos preocupado más de las estructuras (a conservar o a renovar), de las actividades (hacia dentro o hacia fuera) y del estilo de vida (más abierto, más cerrado, más simple, más o menos contemplativo), que de promover y facilitar, por todos los medios indicados en la Regla, una más sincera y efectiva conversión de los individuos. Con frecuencia se ha tenido más en cuenta las leyes de la psicología y la manera de vivir de nuestros contemporáneos que las exigencias del Espíritu para transformarnos en imágenes vivas de Cristo.

4. Indico solo el primer paso, más bien negativo. También antes de ser bautizados se nos exigieron unas renunciaciones para remover cuanto se podía oponer a la acción del Espíritu. Y Jesús nos ha dicho: “Si alguien quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y venga en pos de mí”. Ante todo, pues, me parecería necesario que se tuviese la valentía de examinar las diversas formas de “mundanidad” que se han ido introduciendo en los monasterios y, en vez de justificarlas con múltiples razones, renunciar decididamente a ellas. Simplemente, *porque* son contrarias al espíritu del Evangelio y nos impiden correr, con libertad de espíritu y con plenitud de amor, por el camino que Jesucristo nos ha trazado, y del cual el monje está llamado a dar

testimonio. Lo demás seguiría fácilmente, al impulso del Espíritu, como exigencia de una vida enraizada en Cristo.

P. Lorenzo Ferrer, osb

Prior de Sta. María de Usme

Ap. Aéreo 16035

Bogotá - Colombia

I. ¿Le parece a usted que nuestros monasterios tienen como regla suprema el Evangelio?

El monaquismo no es un estilo de vida privativo del cristianismo, pertenece a la fenomenología de todas las grandes religiones. Es evidente que por encima de un común denominador, el cristianismo ofrece una vida monástica bien diferenciada, de carácter netamente cristocéntrico. Es preciso aceptar que, a lo largo de la Historia, no siempre ha aparecido con la misma claridad lo específicamente cristiano y evangélico. En este sentido creo debe interpretarse la pregunta y es claro que apunta a la necesidad de una vuelta a las fuentes.

II. ¿Cuál es la razón –según su manera de ver– por la cual no vivimos más intensamente el Evangelio?

Todas las instituciones tienden con el tiempo a la complejidad. Las indispensables estructuras se convierten, al correr de los años, es abarrocada legislación y así mismo crece el acervo de usos y costumbres. A medida que aumenta la complejidad es inevitable un proceso de esclerosis. ¿Quién podría negar que aquellos monasterios que cuentan con una larga historia, no se encuentren en esta situación en más o menos alto grado?

Un modelo histórico de monaquismo que, para nuestros días, opacaba la autenticidad evangélica. Las características del renacimiento de la vida monástica, fruto de las ideas románticas del siglo pasado, dieron una imagen del monaquismo que no resiste la crítica histórica moderna. Todos los “neos” de sabor arcaico, en un contexto histórico tan diferente al de la Edad Media, tenían que conducir necesariamente a una crisis.

En tercer lugar, también en los monasterios ha cundido la tendencia a reducir la vida cristiana a postulados meramente antropológicos. De una alienación de tipo angelista –religión, opio del pueblo– corremos el riesgo de pasar a una alienación temporalista.

Se impone una constante referencia a Cristo y al Evangelio, una simplificación que será fruto de este volver al Evangelio.

III. ¿Cuál ha sido la influencia del Evangelio en la renovación de los monasterios?

Si con esta pregunta se piden ejemplos concretos del proceso de renovación postconciliar, mencionaré uno de los más característicos: la búsqueda de la sencillez evangélica, el deseo de un monaquismo laical, el anhelo de vida comunitaria a escala familiar y una organización económica fundada en el trabajo son, entre otros, los signos más característicos de un retorno al espíritu evangélico. Todos estos signos se han querido reunir bajo el nombre de monasterios de “vida simple”, como reacción a un estilo demasiado ostentoso y triunfalista, con acentos de clericalismo y ritualismo liturgista y espíritu de clase intelectual y burguesa.

IV. ¿Qué habría que hacer –concretamente– para una mayor vigencia del Evangelio en las comunidades?

Intensificar la lectura sapiencial de la Biblia, especialmente del Evangelio y que sea esta reflexión la que dé unidad a la oración, a la vida comunitaria, al trabajo monástico y a la

proyección del monasterio a través de la hospedería. Evitar toda posible alienación temporalista, poniendo la debida atención a la dimensión misteriosa de la vida monástica, su significación teológica.

Monasterio de San Benito

Fazenda Bela Vista - 13280 Vinhedo

San Pablo - Brasil

I. La respuesta a esta pregunta nos parece obvia. La regla suprema del monasterio es el Evangelio. La Regla de san Benito es un reflejo fiel del Evangelio. Es un modo concreto de vivir los principios de Cristo contenidos en el Evangelio.

II. Existe un cierto desconocimiento del Evangelio, es decir: por falta de una búsqueda más profunda del sentido del Evangelio en relación con la vida cotidiana, la relevancia de ciertos pasajes del Evangelio es desconocida. Se requiere una mayor fidelidad a la *lectio divina*. Se percibe también una falta de ascetismo y un “comodismo” que pueden llevar al monje a una inversión de valores. El resultado es el oscurecimiento de la visión de la primacía del Reino de Dios y un empobrecimiento de la fe.

III. Un retorno más intenso a la fuente del Evangelio como regla suprema de vida monástica ha tenido una influencia grande en la renovación de los monasterios. Hay menos preocupación por las estructuras y más libertad para la acción del Espíritu Santo. Existe una mayor apertura hacia los demás que ha suscitado una receptividad en el trato con las visitas. Hay también una insistencia en construir una verdadera fraternidad y tener de ella una auténtica vivencia. Se nota una profundización de la oración, que da más sentido al oficio divino y a la celebración de la Eucaristía.

IV. Hay que comenzar siempre por el individuo, quien se exigirá tener menos caprichos dejando de lado la voluntad propia y buscando una vida comunitaria con mayor énfasis puesto en la unidad, en el respeto, en la confianza, en fin: en la vivencia del amor. Imitando el ejemplo de Cristo que valorizó la persona humana como templo del Espíritu Santo, es preciso una mayor comunicación para poder conocer a los demás como personas: a cada uno con sus talentos, sus aspiraciones, su personalidad. Esto es posible en reflexiones comunitarias en las cuales se da un intercambio de ideas y de luces que ayudan a este mutuo conocimiento. También se puede dinamizar el “capítulo de culpas” haciendo en él una revisión de vida en la cual la vida de la comunidad y, de cada uno de sus miembros se deje interrogar por la palabra del Evangelio.

M. Elizabeth Sumer, osb

Abadesa de Nuestra Señora de la Consolación

Stanbrook - Inglaterra

El Evangelio abarca todo el ámbito de la vida cristiana, y la vida monástica es sólo una parte de este todo. Nosotros tenemos nuestro propio papel que desempeñar, pero junto con nuestros hermanos y hermanas en la Iglesia, ya que todos contribuyen al todo. Todos tenemos que fijar nuestra mirada en Cristo nuestro Señor, y esforzarnos por llevar a cabo su enseñanza en todos los aspectos de nuestra propia vida. Esto es un asunto tremendo y cuando lo examinamos encontramos quizá que en la práctica nos hallamos lamentablemente muy lejos de la regla evangélica. San Benito nos dice explícitamente que sigamos la guía del Evangelio *per ducatum evangelii* (RB, Prólogo) y basa su Regla en la enseñanza de la Sagrada Escritura. Más aún, nos exhorta a estudiar los libros divinamente inspirados del Antiguo y Nuevo Testamento y a tomarlos como nuestra regla de vida (RB 73). Al principio tal vez, no entendamos realmente cuánto implica vivir la regla del Evangelio –aun como comunidad–, pero si estudiamos continuamente la Regla de san Benito y tratamos de vivirla, estaremos bien preparados para el

día en que aprendamos a buscar en las Escrituras nuestra regla de vida. Especialmente desde el Concilio Vaticano II, nuestros ojos se han abierto a esta necesidad. Yo sólo puedo hablar en nombre de un monasterio europeo de monjas. Nuestras condiciones no son las mismas que en otras partes del mundo, pero dondequiera que estemos, seremos capaces de discernir el mensaje vivo del Evangelio, si es que estamos en contacto permanente con el Espíritu de vida a través de una formación en la Escritura, vida con interioridad. Por consiguiente, es muy importante, que desde el noviciado, se estudien las Escrituras para aprender a vivir de acuerdo a ellas. Si las Escrituras han de ser para nosotros la Palabra viva de Dios, debemos leerlas a la luz del Espíritu Santo y para esto necesitamos rezar mucho y aprender a ser sensibles al trabajo del Espíritu Santo en nosotros y en los demás. Como nos dice san Benito, cada uno tiene su propio don de Dios (RB 40), y tenemos que aprender a aceptar y acoger el don y el aporte de cada uno, para que el cuerpo de Cristo pueda ser edificado en medio de nosotros. No nos desalentemos con el temor de que en nuestros monasterios no estemos viviendo el Evangelio como realmente deberíamos. Aquí en la tierra, nunca alcanzaremos nuestro ideal, pero Cristo está entre nosotros y tenemos su Espíritu Santo que da testimonio en nuestro interior de que somos hijos de Dios. Este espíritu de filiación es central en la Regla de san Benito. Desde las primeras líneas del Prólogo, hasta el final de la Regla somos guiados hacia el Padre a través de Cristo nuestro Señor que es el camino, la verdad y la vida. La Regla nos muestra a Cristo como al Hijo que ha manifestado su amor al Padre a través de su obediencia hasta la muerte (RB 7) y nos enseña a seguir sus huellas para aprender a vivir como hijos de Dios. La amorosa obediencia filial de Cristo está difundida en todo su cuerpo y cuando obedecemos por su amor, estamos dejando que él obedezca en nosotros y nos lleve en su propio movimiento ascendente hacia el Padre. Este concepto de nuestra filiación era tan importante para san Benito que de manera especial constituyó al abad como padre del monasterio, dándole un título que es propio de Cristo; lo constituyó su representante, el que hace sus veces y participa de su oficio paternal. Al obedecer al abad en espíritu de fe nos educamos para obedecer la voluntad del Padre según se exprese en las circunstancias providenciales de nuestras vidas. Un aspecto importante de la renovación es volver a captar día tras día nuestra espontaneidad inicial y abandonar todas las cosas, aun nuestros esquemas de conducta acostumbrados si fuere necesario, y seguir a Cristo, de modo que cada día se presente con la libertad de una aventura. Se ha de ver a Cristo en los huéspedes, en los pobres (RB 53), en los enfermos (RB 36) y en todos los hermanos y por consiguiente, debe ser amado en ellos.

El amor fraterno es la ley suprema del reino de los cielos y al mismo tiempo, su testigo. En la práctica, no podemos mostrar nuestro amor a Dios sino a través de nuestros semejantes y si la regla suprema de nuestros monasterios debe ser el Evangelio de Jesucristo, debemos atender, primero a la caridad fraterna. Esta debe ser ejercitada ante todo, con cada uno en el monasterio y después extendida a todos los hombres especialmente, como dice san Benito, a los menos privilegiados (RB 53) ya que cualquiera, no importa quién sea, debe ser recibido, desde el primer momento como el mismo Cristo. La comunidad monástica puede ser considerada como un microcosmos del reino futuro, exhibiendo las notas del reino en el amor mutuo de los hermanos. Es quizá aquí especialmente donde las rígidas estructuras preconciarias establecían barreras que aún ahora, son difíciles de eliminar. Las distinciones entre las monjas de coro y las hermanas conversas provocaron muchos resentimientos y actitudes no cristianas y debemos vigilar cuidadosamente para que estas actitudes no persistan aun allí donde se ha realizado la plena integración de todos los miembros de la comunidad. También puede existir el Peligro del fariseísmo, como sucede siempre que las personas se esfuerzan por ser perfectas.

Es sumamente fácil prestar tanta atención a los pequeños detalles de la observancia que se nos escapan las exigencias profundas e importantes de la caridad. De esta manera, podemos colocar por delante la letra de la ley en vez del espíritu; por ejemplo: el silencio, la puntualidad, nuestra oración, la lectura espiritual, pueden ser antepuestos a una necesidad real, física, espiritual o emocional de alguien. Se necesita gran discernimiento para saber cuándo hablar y cuándo guardar silencio y rezar. Las leyes existen para asegurar la obtención del bien. Cuanto mejor entendamos el fin que busca la ley y cuanto más profundamente amemos el fin, nos haremos

más flexibles y libres en nuestra obediencia a la ley, porque verdaderamente la hemos interiorizado. San Benito era muy evangélico a este respecto. Varias veces en la Regla encontramos que enuncia un principio estableciendo las reglas para salvaguardarlo, pero agregando en seguida que si las circunstancias exigen que sus disposiciones sean cambiadas, el abad es libre de alterarlas, siempre que mantenga el principio. Por ejemplo, dispone cuidadosamente los salmos, pero añade que si este plan no agrada a alguno, lo puede ordenar de otra manera “con tal que atienda a que se salmodie íntegro el Salterio de ciento cincuenta salmos cada semana” (RB 39). De la misma manera, las horas de trabajo están reguladas y se les recuerda a los monjes que son verdaderos monjes cuando viven del trabajo de sus manos, pero, añade san Benito: “Todas las cosas háganse con moderación en consideración a los débiles” (RB 48). También se le recuerda al abad que “debe disponer todas las cosas y moderarlas de suerte que las almas se salven” (RB 41). Esta es una actitud muy cristiana. En la medida en que nos conformemos a ella, seremos capaces de descubrir nuevas maneras de vivir los ideales perennemente válidos de la vida monástica y de reencarnar los valores evangélicos en nuestra propia situación con una gozosa libertad e inventiva que se acomode ágilmente a formas particulares y que refleje la libertad de nuestro Señor. La pobreza de Cristo, por ejemplo, supone más que los rigores de Belén y el Calvario o el desvalimiento del Hijo del Hombre que no tenía dónde reclinar su cabeza. Cristo participó alegremente en la fiesta después de la conversión de Mateo, proveyó con abundancia a los invitados en Caná y parece que con frecuencia cenó con los ricos. Estaba tan totalmente entregado a la voluntad de su Padre y a su misión redentora que podía permitirse el ser despreocupado y sin exigencias en cuanto a modos y maneras. Esto es el desapego radical que nosotros también necesitamos en una época en que tantas formas externas están cambiando. Hoy en día se nos repite mucho que la necesidad de trabajar para el propio sustento es un testimonio de pobreza evangélica. Esto es muy bueno y necesario, pero entraña un peligro del cual debemos defendernos, como en otros aspectos de la vida monástica. El trabajo puede llegar a ser un monstruo, más importante que todo el resto, más que nuestra vida espiritual, nuestra *lectio divina*, y más aún que el oficio divino y nuestra oración. Entonces la caridad sufre y nos olvidamos de buscar primero el reino de Dios y su justicia y comenzamos a vivir como si todo dependiera de nosotros, más que del cuidado amoroso de nuestro Padre Celestial. Para vivir bien nuestra vida monástica, necesitamos un ocio santo y un sentido de libertad de las preocupaciones. De lo contrario nos podríamos encontrar en peor situación que los que viven en el mundo, donde las horas y los días de trabajo están regulados y donde la gente tiene vacaciones reglamentadas.

San Benito no habla en realidad de pobreza sino de desapropiación y pone todo el énfasis, no en la austeridad como tal, sino en el compartir, y es sumamente significativo que al igual que otros legisladores monásticos de los primeros tiempos, cite el ejemplo de la primitiva comunidad cristiana en Jerusalén. El compartir la propiedad material era una reacción cristiana instintiva frente a la experiencia de la redención en Cristo y al don del Espíritu. Hoy, la pobreza evangélica en nuestras comunidades, puede ser mejor expresada por un compartir generoso de bienes, ideas, trabajo y talentos, antes que por cualquier tentativa de imitar la miseria del tercer mundo.

Finalmente, para asegurar que el Evangelio sea realmente la regla suprema de muchos monasterios, recemos mucho al Espíritu Santo y abramos nuestros corazones y nuestras mentes a su acción divina. El Papa Juan rezó por un nuevo Pentecostés y se diría que Dios está respondiendo a su oración. Los cristianos de todo el mundo se dan cuenta de que sólo con el poder del Espíritu podemos llegar a ser verdaderos discípulos de Cristo resucitado y testigos de su amor redentor. El gozo de los redimidos y la alegría de la buena nueva deberían tener la posibilidad de brillar en cada uno de nosotros, para que el mundo conozca que Jesucristo es su Salvador.

En base a las preguntas enviadas por la redacción de *Cuadernos Monásticos*, dieciséis de los diecinueve profesos de nuestra comunidad reflexionamos sobre la función del Evangelio en nuestro vivir existencial: pasado, presente y futuro. Aquí daremos una breve síntesis de lo dicho que es necesariamente incompleta, pues la variedad de opiniones y sugerencias es el rasgo sobresaliente de nuestra reflexión.

Al juzgar la comunidad la influencia del Evangelio en nuestra renovación, tomamos la palabra en sentido de “espíritu evangélico”, e.d., no solamente el texto de los cuatro evangelios sino más bien toda la buena noticia de salvación en Cristo contenida en el Nuevo Testamento. Tres de los hermanos no veían que esta buena noticia hubiera tenido mucho influjo en nuestro proceso de renovación comunitaria, pero la mayoría opina que sí. Cuatro piensan que este influjo ha sido solamente relativo.

En general, notamos tres áreas de esta influencia: los estudios bíblicos de los últimos años nos han hecho más sensibles a la Palabra de Dios y han inspirado así una espiritualidad bíblica. Gracias a esta espiritualidad y a la liturgia en castellano, se hace más hincapié en el encuentro personal con Cristo, tanto en la oración como en la sensibilidad a los signos de los tiempos. Pero es sobre todo en el amor fraterno donde el Evangelio ha tenido su influencia y debe tener más.

Un hermano concreta así este influjo: “La libertad de los hijos de Dios, permitiendo un sano pluralismo liberador y enriquecedor de la unidad”. Sin embargo, otro lo matiza: el influjo del Evangelio ha sido “mucho en relación con Dios, pero no tanto en relación con los hermanos”.

En la actualidad, es evidente que nos hace falta una mayor intensidad en poner en práctica el Evangelio. En teoría aceptamos el Evangelio como nuestra regla suprema de vida, pero nos damos cuenta de que “a veces las tradiciones anticuadas y las estructuras parecen tener bastante importancia”. Otros hermanos expresan el mismo juicio: “Quizá todavía el Evangelio no ocupa la supremacía pero estamos en esta dirección”. “El Evangelio es nuestra regla suprema, pero en lo concreto hay muchas pequeñas reglas –personales o comunitarias– que impiden, en muchos actos tomados individualmente, que el Evangelio brille como debe brillar”.

La tentativa de especificar estas “pequeñas reglas” que obstaculizan la vivencia de la salvación cristiana resultó ser un penetrante examen de conciencia. Fueron indicadas cinco razones principales por las cuales no vivimos más intensamente el misterio de Cristo:

- una cultura (“victoriano-europea-norteamericana”), formación y mentalidad no evangélicas;
- “falta de fe vivencial en la Palabra de Jesús” y “falta de entendimiento de lo que es la buena noticia de salvación”;
- temores de lo que Dios puede exigir de nosotros y “de un compromiso serio, personal y comunitario con las exigencias evangélicas”;
- estructuras materiales (“edificio despersonalizante”) y comunitarias (“falta de transparencia y sencillez”);
- estructuras personales y psicológicas (“falta de fe, oración y vida interior”; la “rutina”; “me cuesta enormemente ser hombre de amor”; estoy lleno de prejuicios, deseos, celos, proyecciones, odios”; “demasiada lógica y cerebralización”).

¿Qué hacer, a partir de ahora, para una mayor vigencia del Evangelio? Las sugerencias son muy variadas. Hay pocas referencias a las estructuras materiales o sociales de la comunidad y mucho

hincapié en el espíritu de caridad Y de oración. Debemos abrirnos más uno al otro, “sea en diálogo, sea en silencio, ayuda, servicio, aceptando la persona y sus faltas”. “Perseverar en la expresión abierta de afecto; reducir la agresividad”. Otros insisten en la necesidad de autoconocimiento y desarrollo personal como camino al amor. En este sentido se sugiere “realizar un cambio de empleos, cargos de trabajo, oficios”. Las observancias y normas comunitarias, tienen que estar al servicio del amor.

Como paso previo a cualquier cambio, muchos hermanos sugieren un estudio más profundo y vivencial del Evangelio, “reuniones comunitarias muy informales y espontáneas para hablar sobre el Evangelio”. “Una constante relectura del Evangelio” es necesaria para interpretar la Regla de san Benito, como todas las demás normas, bajo la mirada evangélica”.

En resumen, se nota en nuestra comunidad un intenso interés en vivir más completamente el mensaje de salvación, junto con un descontento muy difundido por lo realizado hasta ahora. Los remedios sugeridos son cambios no tanto de estructuras materiales, sino más frecuentemente de estructuras mentales, sobre todo una apertura fraterna en mayor libertad y amor, “más allá de normas y leyes”. A nivel comunitario, se desean reuniones periódicas de reflexión sobre el Evangelio para sensibilizarnos a sus exigencias. Un hermano explicita así la exigencia esencial: “Concretamente, convertir mi corazón. Creo que un monje puede vivir el Evangelio en su monasterio si está realmente convertido su propio corazón”.

P. Pablo Gordan, osb (Beuron)

Piazza dei Cavalieri di Malta, 5

Roma - Italia

I. En teoría, el Evangelio es, sin duda alguna, la regla suprema para nuestros monasterios, como lo es para toda la Iglesia. Pero, por experiencia histórica, se sabe que esta regla suprema tuvo siempre necesidad de ser aplicada y adaptada de una manera concreta a situaciones concretas. Es ese, justamente, el carisma de los grandes fundadores de Órdenes: discernir, mediante una lectura nueva del Evangelio, lo que es necesario poner hoy en primera línea. Este es el origen de las “Reglas”. En rigor, se puede decir que los padres del monaquismo encaran la totalidad del Evangelio; las “especializaciones” vendrán más tarde (santo Domingo: el apostolado; san Francisco: la pobreza, etc.).

II. En la práctica, sin embargo, cada época, cada generación de monjes está obligada a hacer -en el cuadro de su instituto, por supuesto una nueva lectura de la Regla y, por consiguiente, también del Evangelio. Pues “el Espíritu ha hablado a las iglesias” (cf. *Ap 2,7*; RB Pról. 11) más de una vez, y por eso, se impone siempre una nueva exégesis (práctica) del Evangelio. Esta es sobre todo la misión de los reformadores de la vida monástica, pero también el deber y el poder de cada abad dentro de los límites que le acuerdan la Regla, las tradiciones, el Derecho de la Iglesia y las Constituciones. De ahí la necesidad de que todo esto sea suficientemente flexible para permitir la entrada al soplo del Espíritu, pues el Evangelio no es letra muerta sino Espíritu y Vida. Sólo en estas condiciones podrá el Evangelio ser vivido más profundamente en nuestras comunidades.

III. Evidentemente, tras el impacto del último Concilio, esta nueva lectura del Evangelio (y de la Regla) se ha hecho de alguna manera en todas partes. La nueva dimensión de la Iglesia como pueblo de Dios, el redescubrimiento de su fisonomía de una fraternidad en Cristo, no dejaron insensible al mundo monástico. La mayoría de los monasterios –sobre todo masculinos– reaccionó contra “el antiguo régimen” de formas carentes de amplitud, contra ese falso pretexto de un neofeudalismo. Al mismo tiempo, se ha descubierto el mensaje social del Evangelio, la corresponsabilidad con todos los hombres, el compromiso que se tiene con el prójimo, dentro y fuera de la comunidad. También surgió una nueva imagen del abad. Y todo esto, no sin crisis dolorosas, y a veces, fatales.

IV. Pero el Evangelio es como un viejo palimpsesto, como esos antiguos textos sobre pergamino con varias escrituras, una sobre otra. Por la alegría de haber podido descifrar un texto ilegible hasta entonces, se olvida a veces el texto de base, la primera escritura. Ahora bien, ha llegado el momento de decirlo: el mensaje fundamental del Evangelio, el que hizo los monasterios *ab initio* está contenido en estas palabras: “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura” (*Mt* 6,33). La renovación de nuestros monasterios no tendría sentido sin esta orientación definitiva y escatológica, a la cual deben ser incorporadas, por supuesto, todos los hermosos descubrimientos debidos a la exégesis práctica de nuestra época. El mundo espera de nosotros, los monjes, el testimonio de nuestra experiencia de Dios, de nuestra vida con Cristo, de un Evangelio vivido en todas sus dimensiones. El Espíritu dirá a cada monje, a cada comunidad cómo hay que “traducir” el Evangelio en el lenguaje personal de cada uno. Entonces, todos los monjes, todos los monasterios juntos podrán tal vez vivir y realizar la totalidad del Evangelio en tanto llegue la plenitud de las promesas que él contiene para los que le han sido fieles.

P. André Louf, oco

*Abad de Ste-Marie-du-Mont
59-Godewaersvelde - Francia*

– *¿Le parece a usted que nuestros monasterios tienen como regla suprema el Evangelio?*

Tomo esta pregunta en su significación más obvia y práctica: ¿es, de hecho, el Evangelio la inspiración primera y la explicación última de las vocaciones monásticas que se presentan y se viven actualmente en nuestros monasterios?

A la pregunta así precisada, mi respuesta es afirmativa, sin vacilaciones. Cualesquiera sean el lenguaje, las categorías culturales y espirituales, los signos exteriores de toda clase, a través de los cuales la palabra del Evangelio se hace oír al monje, es ella, en último término, la única que está en condiciones de dar cuenta del curso de una vocación, cuando ésta se orienta de una manera preponderante hacia Dios y hacia las realidades espirituales anunciadas para el final de los tiempos. Hay que añadir: y cualesquiera sean también las infidelidades que invariablemente vienen a desviar el trayecto de los individuos y de los grupos Y las oscuridades o los malentendidos que puedan derivarse.

Puede concederse el mismo crédito al conjunto de la tradición monástica, tradición viviente del Evangelio, que ha sobrevivido hasta nosotros, a través de las sacudidas y las contestaciones de la historia. Estas le han impreso su curva caprichosa, descendente y ascendente, fácil de discernir bajo la forma de sucesivos períodos de relajación y de renacimiento. Pero aun cuando el hilo de esta aventura espiritual no es jamás rectilíneo, la palabra del Evangelio ha terminado siempre por resonar correctamente y por alcanzar a aquellos a quienes el Señor se había escogido.

– *¿Cuál es la razón por la cual no vivimos más intensamente el Evangelio?*

Si hay sacudida es, en efecto, porque hay crisis y enfrentamiento. La razón es sencilla. La palabra del Evangelio, tal como el llamado a la vida monástica, no se presentan jamás en estado puro. Aparecen en un contexto cultural determinado, y se explicitan en un lenguaje que jamás ha sido el suyo. En cada época en particular, y en cada ocasión de una manera nueva, el llamado a la santidad está en competencia con un ideal de perfección que es, más o menos, el de la sociedad en medio de la cual es expresado. Esta competencia conduce a una confrontación necesaria y normalmente fecunda, que también puede dar nacimiento a una terrible ambigüedad.

Para una mirada superficial, nada se parece tanto a un cierto ideal de perfección como otro ideal

de perfección, aunque sea evangélico. Los dos pueden parecer llamados a completarse, a explicitarse mutuamente. Incluso es preciso conceder que, en el designio de Dios, toda perfección secular está ordenada a la palabra del Evangelio, que traza ya una cierta imagen, a manera de sombra. Pero esta secreta ordenación de la una a la otra, podría también desviar del Evangelio, a través de concordancias demasiado fáciles y superficiales y reducirla a una moral o a una aventura pagana y secular.

En la Iglesia, este enfrentamiento ha existido en todo tiempo. No es privativo de la vida monástica. Y sin embargo, les concierne especialmente a los monjes, cuando se trata de interrogar una cultura secular a partir del Evangelio, de purificarla para asumir lo mejor de ella. Porque ellos viven una experiencia cuya expresión desean defender. Pero las reacciones de los monjes no han sido siempre tan felices. Hay monjes célebres defensores de la ortodoxia. Otros, por el contrario, se hicieron promotores de la herejía. Este hecho ilustra lo bien fundado de la pregunta a la cual tratamos de responder. El terreno sobre el que se aventura el monje es un terreno de tentación y de combate. El mismo ideal monástico exige ser purificado sin cesar, con respecto a místicas y llamados a la perfección que son exteriores a la Palabra de Dios.

Cada época tuvo en la Iglesia sus atolondrados, incluso en mística y en santidad. Cada época conoció también sus asechanzas particulares y las ilusiones de que era preciso exorcizar el ideal monástico. Cada civilización tiende a secretar un cierto ideal de perfección. Sin confesárselo demasiado a sí misma, desea crearse un tipo de sabiduría y de santidad que estén a la medida de sus aspiraciones. Al encontrarse con la vida monástica, no podrá dejar de intentar recuperarla para sí. Tentación temible impuesta a la vida monástica, porque cada monje la lleva en sí mismo. Hijo de su tiempo, al mismo tiempo que hijo de la Palabra, es en su propio corazón donde habrá de entablarse el combate y deberá triunfar el Evangelio.

Este enfrentamiento entre la Palabra de Dios y la “carne y la sangre” (bajo todas sus formas) en el corazón del monje, constituye el lugar por excelencia donde, en la Iglesia y en la vida monástica, se vive y se propaga la Tradición. Permaneciendo en ese lugar y por lo tanto a menudo en el enfrentamiento y en la contestación, la vida monástica deja a la palabra del Evangelio triunfar en ella. Es también allí donde permanece fiel a sí misma y conserva sus mejores perspectivas para el porvenir.

Apelar a la Tradición, no es referirse a un conjunto de verdades tranquilamente poseídas y cuyo respeto garantizaría automáticamente el porvenir. Por el contrario, es aceptar ser confrontado incesantemente con la Palabra y juzgado por ella; que la Palabra derribe nuestras vanas pretensiones de perfección y construya en nosotros el camino de la conversión y del arrepentimiento; que la idea misma de perfección, a la luz de la Palabra se invierta, puesto que en adelante, toda justicia es la de pecadores perdonados, fuera de la cual no hay santidad en Jesucristo; que la fuerza de Dios se expanda en nuestra debilidad, a fin de que ninguna carne se gloríe delante de Dios.

– *¿Cuál ha sido la influencia del Evangelio en la renovación de los monasterios?*

Gracias al *aggiornamento*, sobre todo litúrgico, gracias al redescubrimiento de la *lectio divina* y de lo que se ha llamado la “teología monástica” o sapiencial, la parte concedida a la Palabra de Dios en la vida de los monjes ha aumentado considerablemente; incluso se ha hecho preponderante. Bastará mantener esta incansable escucha de la Palabra, verdadero baño de renovación, para colocarnos sin cesar ante el rostro del Señor que nos llama.

Hay que añadir esa prolongación necesaria de la Palabra y no menos vivificante, que es el contacto con los escritos de los Padres y con su manera de traducir la gracia monástica, a la luz de la Palabra, en el lenguaje cultural de su tiempo.

La Palabra, finalmente, llama al Espíritu. La docilidad al Evangelio horada en nosotros esa otra

fuelle, aquella cuyas aguas brotan en vida eterna, el Espíritu Santo, cuya suave luz e irresistible alegría invaden poco a poco cada existencia de monje. Una vez convertida en *vida* según el Espíritu y bajo su moción, la vida monástica lleva en sí misma la solución al problema cuyos alcances exponen sumariamente estas líneas.

Monasterio del Encuentro

C. P. 2659-80000 Curitiba - Parana

Brasil

Para responder al cuestionario, miramos la historia –aún breve– de nuestro monasterio, y vimos cómo las circunstancias y el momento mismo en el que se hizo la fundación, nos hicieron entrar concretamente en una vivencia más evangélica.

El monasterio nació cuando la Iglesia estaba en pleno Vaticano II, y pudo así, aprovechar al máximo, las perspectivas abiertas por el Concilio.

Salir de la propia tierra, como Abraham, lleva de por sí a una actitud de gran atención a los llamados del Señor, a esa apertura y disponibilidad necesarias para ir al encuentro de otro pueblo.

El único plan ya hecho era: formar una comunidad monástica, sabiéndonos portadores de una vida, de una tradición que había que transmitir y mantener viva. Pero el modo, el “cómo”, la fisonomía que había que dar al monasterio, eso se encargaría el Señor de mostrarlo una vez que estuviésemos en el lugar.

La manera como fuimos acogidas, en todas partes, en Brasil; la comprensión, la amabilidad, la auténtica fraternidad, hicieron fácil nuestra integración y la indispensable inculturación. Descubrir valores de un pueblo, adoptarlos, dejarse formar por ellos, en el deseo de encarnarlos, no se hace de inmediato, ni con libros y cursos (aun cuando ayuden), y esto nos llevó a vivir un año, con indulto de exclaustación, en otras comunidades, no solamente monásticas. Fue un año de gracia, que nos hizo vivir en contacto con el pueblo.

Los valores que encontramos, la hospitalidad, la fe profunda, la disponibilidad y ayuda mutua, la solidaridad, el sentido de persona, de amistad, la espontaneidad en las relaciones, la cordialidad y delicadeza vividos con toda simplicidad, fueron para nosotras un estímulo. ¿Cómo no vivir esos mismos valores evangélicos, que al fin de cuentas tenemos en la Regla, cuando el pueblo los vive tan espontánea y naturalmente? ¿Cómo no ser llevadas a revisar nuestra escala de valores, que a veces guarda tanto formalismo, preocupación de eficacia y poca gratitud? ¿Cómo no ser llevadas a descubrir que ciertas cosas, que parecían valores eran sólo secundarias o propias de una cultura?

La posibilidad de construir a partir de la nada; la confianza y libertad que nos dio el monasterio fundador para tomar las decisiones, juzgar las situaciones, asumir responsabilidades y riesgos, facilitó la concreción de nuestro proyecto monástico, en un clima de búsqueda constante de lo que nos parecía más evangélico.

La construcción pobre del monasterio, la hospedería simple y pequeña –para que, siendo pocas, pudiésemos acoger a cada uno con una atención, a escala humana, y hacerles compartir nuestra vida– nos ayudó a insertarnos en el lugar, en medio del pueblo siempre que nos rodea, y responder –dentro del carisma monástico– a las necesidades de la Iglesia local. La vida nos hizo cambiar mucho, nos despertó a muchas cosas que nos obligaron a reflexionar, a profundizar. La vida común fue la primera “alcanzada”. En un grupo pequeño, que no había sido objeto de elección, pero que quiso caminar junto, el descubrimiento de temperamentos diferentes, de cualidades y defectos, los pequeños choques, fueron ocasión de renovación. Aprender a

colaborar, a respetar los deseos y experiencias de los otros, renunciar a las propias ideas, buscar juntas la voluntad del Señor, llegar a la unidad del corazón, es un camino continuo que ahonda la caridad y nos obliga a buscar en el Evangelio las raíces de la comunidad que está siempre en construcción.

Esta nueva vinculación de las hermanas entre sí y de las hermanas con la priora, esta búsqueda común de la unidad y del rumbo que debe darse a la comunidad, nos ha llevado a profundizar la vivencia “obediencia-autoridad”. En eso nos ayudaron enormemente los capítulos 3 y 72 de la Regla, los cuales se tornaron el eje de la vida común.

En este contexto “nuestro corazón se dilata”, y el don del celibato recibido cada día, “transforma nuestro amor natural”. Nuestras relaciones ganaron en fraternidad y espontaneidad, tanto en la vinculación interna como exteriormente.

Más que nunca, nuestra vida nos da hoy la oportunidad de recibir a todo huésped, a todo hermano como al mismo Cristo, en un clima de libertad y fraternidad profundas ofrecidas a todos, como fruto de nuestra consagración al Señor.

Vivir en medio de los pobres, que son tan solidarios, descubrir sus dificultades, las injusticias de que son víctimas, nos llevó también a vivir la pobreza de un modo diferente: luchar contra lo superfluo, resistir a la sociedad de consumo, compartir cuanto se tiene, como hace un pobre con otro pobre, y tener una casa bien simple, abierta, donde todos –ricos y pobres– pueden sentirse a gusto.

El contacto con la fe del pueblo, su confianza en la oración, conocer sus sufrimientos y luchas, tuvo una influencia enorme en nuestra oración. La súplica se hizo bien concreta, la alabanza enteramente gratuita, a la vez que nos estimulaba a la escucha de la Palabra, a rumiar el Evangelio, para que pudiese ser encarnado en la vida.

Siempre son momentos difíciles los que llamamos “conflictos de caridad”: conflictos entre prescripciones canónicas y el Evangelio... conflicto entre el bien común y el bien individual, ya sea dentro de la comunidad, ya sea entre comunidad y huéspedes; en cada una de estas circunstancias la comunidad tuvo que asirse del Evangelio para discernir y para poder seguir lo que parecía más evangélico y no adoptar soluciones de tratados o soluciones hechas.

Si no vivimos más intensamente el Evangelio, no es por causa de las estructuras rígidas, ni del peso de las tradiciones, ni de la instalación (pues los imprevistos son una continua “desinstalación”), sino por la dificultad y la resistencia que encuentra en cada una de nosotras, por la formación individualista de la que aún conservamos las huellas, y por la formación para un cierto tipo de perfección que se confundía casi con el perfeccionismo observante.

Pero todo esto nos puede llevar a un esfuerzo comunitario de conversión, ayudadas por revisiones de vida, o intercambios fraternos con “los peregrinos, hermanos en la fe”, en un deseo de rumiar y asimilar cada vez mejor el Evangelio.

Un esfuerzo y una atención para no sistematizar, institucionalizar demasiado la vida, una atención para mantenerse libre, no ligarse con ningún poder de clases, ni aceptar privilegios, son cosas concretas que nos ayudan a permanecer vigilantes.

¡Ya que nuestra historia se situó desde un comienzo como una prolongación de la historia de Abraham, ojalá pueda continuar con las características de una peregrinación!

André Chouraqui
8, *Ain Rogel*

Jerusalén

Me parece que para un cristiano, y muy especialmente para un religioso o una religiosa, el Evangelio debería ser inseparable del conjunto de la Biblia. Un mejor conocimiento de ésta, sería el factor más poderoso del renacimiento espiritual del cual el mundo tiene una necesidad tan urgente. La Biblia sigue siendo para nuestro tiempo, su regla suprema y su suprema esperanza.

¿Cuál sería la razón por la cual no vivimos la BIBLIA más profundamente?

Me parece que las razones son múltiples.

a) Somos hombres. Ahora bien, la Biblia nos propone un ideal sobrenatural de amor, de justicia, de paz, de santidad. Los Profetas anuncian una tierra nueva, cielos nuevos, un hombre nuevo que diferirá de nosotros como nosotros podemos diferir del *pithecántropo*. Pensar que es fácil ser fiel al llamado de la Biblia es probar que se ignoran sus verdaderas exigencias.

b) Somos hombres modernos. Vivimos en el umbral de la era atómica. La revolución tecnológica hace más difícilmente comprensible para el mundo el ideal de la Biblia que ha sido revelado en la edad de Bronce y en la edad de Hierro. Esto complica evidentemente la modalidad y las probabilidades de su realización tanto para la persona como para el grupo. De donde resulta para todos los religiosos, cristianos o judíos, una dificultad mayor para vivir verdaderamente de la inspiración divina de la Biblia. Ciertas formas del pasado impiden demasiado a menudo la acogida, la atención y la transmisión del mensaje de la Biblia.

¿Cuál ha sido la influencia de la BIBLIA en la renovación de los monasterios?

Si se considera a todo Israel, desde sus orígenes hasta nuestros días como un gran monasterio –y se está autorizado para ello sin cometer un abuso– hay que responder que la Biblia ha sido la matriz que le ha dado la vida, que ha preservado su existencia en el mundo y a través de los siglos y que ha permitido en nuestros días su admirable renacimiento espiritual. Supongo que podría acontecer lo mismo para los conventos de la Cristiandad. Así lo espero.

¿Qué habría que hacer para que la BIBLIA sea mejor vivida?

Me parece que sería necesario tener un conocimiento más claro de sus raíces y de los fines últimos que nos ofrece y nos promete. El conocimiento de las raíces se nos facilita hoy gracias a la resurrección del país, del pueblo y del idioma de la Biblia. Los cristianos que han hecho una peregrinación al país de Jesucristo lo saben muy bien. Los que tienen el privilegio de leer la Biblia en hebreo saben cuánto más vivo y más eficaz es el texto sagrado en su idioma propio. Pues bien, es indispensable comprender su mensaje si se quiere tener la posibilidad de vivirlo bien. El mensaje es grande. Pero más grande aún son los fines últimos que nos propone y nos promete.

El hombre fiel a la Biblia sabe que sirve a la vida, y que para su *Elohim* no hay más de un enemigo, la muerte. El hombre de la Biblia o que es fiel a su espíritu, es pues un caballero permanentemente en guerra contra su único enemigo, la muerte. Debe afrontarla y desenmascararla en todas sus formas y detrás de todas sus formas, desde la guerra hasta las plagas sociales y morales que nos abruman. Y para no sucumbir en ese combate, el hombre de la Biblia tiene una promesa que no pasará. Sabe que al fin el amor triunfará sobre el odio, la luz sobre las tinieblas, la paz sobre la guerra, la vida sobre la muerte. Hasta cree en la resurrección de los muertos, en la gloria de los cielos nuevos y de la tierra nueva.

Tal es su locura, su fuerza y su esperanza. Tal es también el secreto de su fe y de su vida que debe esperar sea cada día más conforme al ordenamiento de la Biblia.

La primera condición que un monasterio deberá llenar se sitúa, me parece, en el orden del conocimiento: habría que encontrar en él un conocimiento profundo y vivido de las Escrituras. Me parece que eso no es tan frecuente como sería de desear. Séame permitido exponer un deseo: desearía que los monasterios descubriesen –como a veces lo manda la Regla– la Biblia recibida y conocida en su idioma original: en hebreo.

Me parece evidente que una élite que pretende consagrar su vida a la irradiación de la Biblia, debe conocer la Biblia en su idioma original. Todos aquellos que han hecho el esfuerzo de leer la Biblia en hebreo saben qué beneficios espirituales han sacado de ello.

– Esa exigencia intelectual tiene como corolario inmediato, una exigencia de orden más estrictamente espiritual: los monasterios deberían ser lugares enteramente consagrados al silencio de las grandes contemplaciones, al abrigo del ruido del mundo y de los tumultos humanos.

A ese respecto me parece que los monasterios podrían ser más conscientes de las técnicas contemplativas tal como se han practicado fuera del mundo cristiano. Esa apertura podría justificar la vida monástica en un mundo que tiene una trágica Y urgente necesidad de volver a descubrir las realidades y la fuerza de los grandes silencios contemplativos.

– El monaquismo judío tal como era vivido en el tiempo de Cristo parecía reunir esa doble exigencia contradictoria, de una apertura total a los grandes silencios contemplativos, sin que eso acarrearra una ruptura con el mundo.

Por ejemplo: los votos eran allí siempre temporales y siempre se los podía renovar. Esa práctica permitió una corriente constante de intercambios vivos entre el mundo y aquellos que se sitúan en los límites extremos de lo creado y de lo increado. Si existe un muro entre el mundo y la vida monástica, habría que aspirar a hacerlo caer sin comprometer –no obstante– la pureza de la contemplación, o la exigencia absoluta de la consagración.

Esto indica que se necesitaría para ello una gran dosis de inteligencia, mucha imaginación, coraje y, sobre todo, amor.

La revista Vie Consacrée respondió amablemente a nuestra encuesta, enviándonos dos contribuciones de miembros de su consejo de redacción.

S. Marie-Claire Lelon, sco

Monastère des Clarisses.

Malonne (Belgique)

¿En nombre del Evangelio, qué esperamos de los monasterios en la hora actual?

I. Deseamos que nuestros monasterios sean verdaderas *comunidades de fe en Jesucristo*.

1. Lugares donde se trata de vivir el *Evangelio* en su radicalidad.

– no basta ser “deísta”: Jesucristo se ha presentado a nosotros como camino hacia el Padre”, no hay ya para nosotros otro camino para ir a Dios;

– que nuestros monasterios sean lugares privilegiados para escuchar al Espíritu; lugares donde se está atento a la vida y donde uno no se aferra a la seguridad de un pasado;

– y donde se vive en el espíritu de las *Bienaventuranzas*.

2. Esa fe en Jesucristo será compartida *fraternalmente*.

No queremos ser un grupo de célibes que viven juntas (ni siquiera célibes “piadosas”): no basta compartir el mismo techo, la misma mesa, el mismo oficio. Hay que llevar más lejos la participación en todo y la corresponsabilidad:

- cada uno se sentirá responsable de la felicidad profunda del otro, del medio vital en que el otro podrá madurar humana y espiritualmente;
- esa fe será comunicada y afirmada en la oración (oficio y oración compartidas);
- no se temerá el examen mutuo o comunitario;
 - al nivel de la fe: “¿quién es tu Dios? ¿Es verdaderamente el Dios de Jesucristo?”
 - al nivel de las relaciones fraternas;
- para ello es necesario vivir en un clima de confianza, de amistad y de autenticidad en las relaciones;
- nuestros monasterios deberían ser lugares donde se logran intensamente las relaciones humanas (por consiguiente donde el individualismo quedase excluido);
- lugares en que se da primacía a la persona sobre la institución, las leyes y las estructuras a su progreso, a su gracia propia;
- eso supone un cierto pluralismo en el interior de las comunidades y una gran flexibilidad en la adaptación.

3. Esas comunidades serán insertadas en la *iglesia local* (como comunidades contemplativas).

- eso supone contactos con el obispo, el clero, los laicos; dejarse interpelar y aceptar lo que nos ofrecen (no tenemos el monopolio de la fe ni de la oración);
- se espera de los monasterios contemplativos que sean lugares de acogida para todos los que desean un clima de silencio y de oración;
- lugares de “gratuidad”, en nuestra sociedad utilitaria;
- lugares en que todos los problemas del mundo tienen eco;
- que esas comunidades puedan acoger jóvenes de nuestra época y sean “formadoras” para esas jóvenes (en el plano humano y en el plano de la fe);
- que sean lugares en que ricos y pobres puedan encontrarse (que no sean reservados sólo a un mundo clerical y burgués).

II. Esperamos también que esas comunidades, *siguiendo su carisma propio, sean centros de oración*.

- que nuestra oración sea oración auténtica;
- que la paz que se desea encontrar en un monasterio exista realmente entre las hermanas;

- que nuestra acogida en la oración sea sencilla y fraternal sin barreras inútiles;
- que los hombres de nuestro tiempo puedan participar en nuestra oración litúrgica; que ella no presente contra-signos; que su lenguaje sea a la vez sencillo y hermoso, que integre los llamados que hace este mundo: la guerra, el hambre, la injusticia;
- que nuestra oración comporte una posibilidad de creatividad y de adaptación a las personas que en ella participan.

Sor Louise Vanwert, ies

*Maison des Soeurs de l'Enfant Jésus (de Nivelles)
à Bruxelles (Belgique)*

¿Han experimentado la transparencia del Evangelio citando se han acercado a un monasterio?

Lo más impactante para mí, es el aspecto de gratuidad de una vida vivida sin el apoyo y el estímulo de un compromiso apostólico concreto, de una vida entregada totalmente a Dios y a los demás sin búsqueda de eficacia directa o palpable, de una vida basada sobre la relación inmediata con Dios. La opción radical por la oración de alabanza subraya a mi entender esa gratuidad: gratuidad del amor de Dios en primer lugar, quien reserva para Sí a algunas personas, y la gratuidad vivida por aquellas mismas personas. En nuestro mundo en que la eficacia, el resultado inmediato de una acción, su rendimiento cuantitativo son cosas tan apreciadas; en nuestra vida apostólica en que corremos el riesgo de dejarnos mellar con esa mentalidad, ese testimonio de gratuidad me parece sellado con la frescura del Evangelio y por lo tanto como un signo del Reino que se va realizando acá abajo.

He preguntado a las jóvenes de mi comunidad cómo contestarían a la pregunta que nos han hecho: lamentablemente no tienen casi ningún contacto con la vida monástica pero una de ellas, sin embargo, pudo decir que la frase del Evangelio en que espontáneamente pensaba era ésta: “Mirad los lirios de los campos...”.

P. M. A. Lassus, op

*9 Rue François de Paul
06300 Nice
Francia*

Que el Evangelio sea la regla suprema de la vida monástica es una exigencia absolutamente primordial y elemental. ¿Por qué extrañarse? Lo que Antonio y Pacomio y con ellos todos los monjes y monjas auténticos han querido es seguir a Cristo sencilla Y magníficamente, o lo que es lo mismo, vivir el Evangelio en la libertad para el Reino y la comunión fraterna.

Sería injusto, ciertamente, decir que si en teoría nuestros monasterios en todo tiempo estuvieron convencidos de ello, en la práctica, poco a poco, hicieron que los preceptos jurídicos, las tradiciones humanas y las maneras de este mundo prevalecieran sobre las exigencias evangélicas; no podemos dejar de constatar, sin embargo, que en muchos monasterios, nunca existió o bien desapareció el clima del Evangelio, clima hecho de verdad, de simplicidad, de libertad, de justicia y de amor así como de gozo fraterno, que caracterizó de manera tan notable la comunidad cristiana primitiva de Jerusalén a la cual, por otra parte, se refirieron constantemente los fundadores.

¿Por qué ha sucedido así?

Sin duda hay que acusar a la demasiada importancia ya numérica ya económica de muchos monasterios (el Evangelio siempre se acomoda difícilmente con el anonimato y la riqueza). Pero sobre todo debemos acusarnos a nosotros mismos, a nuestra inclinación al aburguesamiento (que san Benito llama “vicio de propiedad”) nuestra voluntad de poder y nuestro miedo de amar.

Hemos hecho, por ejemplo, de nuestra clausura, de nuestros usos monásticos, de nuestras maneras de entrar en contacto con el mundo, unos parapetos de defensa más que elementos preciosos para vivir con seriedad e intensidad el “misterio” monástico. Otro ejemplo: el mutismo entre las monjas. Fue posible y permitido y hasta mandado a las hermanas (¡que tuvieron el coraje de seguir llamándose hermanas!) hablar entre ellas de cosas baladíes con tal de que nunca tocaran temas esenciales, que nunca hablaran de sí mismas, de su vida, de su búsqueda de Dios. Los recreos fueron “dirigidos”, los apartes estrictamente prohibidos - ¡Recordemos! ¡La amistad particular!- Se llegó a vivir, pues, en una yuxtaposición de hermanas en un total desconocimiento unas de las otras, mientras al mismo tiempo se proclamaba, a quien quisiera oírlo: “En esto reconocerán que sois mis discípulos, en que os améis unos a otros”. He venido al monasterio a buscar soledad, me confesaba un monje, y no he encontrado más que aislamiento. Yo podría traer aquí muchos ejemplos; sobreabundan: el legalismo de los votos, la presencia de una “escucha” en el locutorio, que oía las conversaciones de las hermanas, aún con los miembros de la familia, la “socia” para acompañar en las eventuales salidas, la campanilla anunciando los peligros de la peste cuando entraba un hombre en la clausura... Y en otro orden de ideas –en el campo de la obediencia, por ejemplo–, esa desconcertante voluntad de poder de la autoridad en aquellos en quienes el personaje había matado a la persona y que no retenían nada ya, en sus relaciones de hermanos y hermanas, del Maestro humilde de corazón que se hizo servidor y pastor de sus amigos...

A partir del Concilio –sobre todo– asistimos a una conversión a veces intempestiva y por lo tanto desequilibrada de nuestras vidas monásticas. Pero es cierto sin embargo que en esa voluntad de cambios lo que prima’ es justamente un deseo de retorno al Evangelio. Damos pasos en falso –hay que reconocerlo– pero no puedo menos de constatar que renace una auténtica y feliz re-lectura del Evangelio en esas pequeñas comunidades monásticas, pobres, laboriosas, que oran de verdad: el retorno al concepto de la “autoridad” abacial o cualquier otra, más conforme a la autoridad de Jesús y a su manera de servir; la corresponsabilidad en asuntos de orden material y espiritual por revalorización del Capítulo conventual tal como lo quería Benito, el compartir las riquezas espirituales, los deseos y dificultades, los errores y los fracasos, la oración de toda la familia, más espontánea, más simple y gozosa, o las oraciones secretas de los antiguos hechas en la libertad del alma y del cuerpo; una toma de conciencia más viva de la sacralidad del mundo, de los acontecimientos de la historia; la comunión en los valores de oración y de silencio, con esos buscadores de Dios que vienen a llamar a nuestra puerta. No obstante, se entiende que eso no podrá ser conservado y vivificado sino en la medida en que vivamos en presencia de Jesús, escuchando su Palabra.

Esto me lleva a la cuarta pregunta, la cual, lo confieso, me cohibe un poco porque no veo una receta absoluta y definitiva para que, en nuestras comunidades monásticas reine el Evangelio de Jesús. Pienso que es de soberana importancia que lealmente, animosamente, volvamos a leer nuestra vida a la luz del Evangelio y que nos dejemos, efectivamente, evangelizar, cueste lo que cueste (¡y nos costará indudablemente!), ya que el Evangelio siempre es nuevo, ya que la Palabra del Señor es viva y acerada como una espada de doble filo, y dado que la fuerza de la inercia es muy grande en nuestras vidas. Cada mañana, comunitariamente e individualmente, debemos levantarnos para seguir e imitar a Jesús.

Hermanas Trapenses del Monasterio de la Madre de Cristo

Casilla 16 - Hinojo, F.C.R.

Argentina

El Evangelio en nuestra vida monástica

Este cuestionario ha sido para nosotras una gracia de revisión de vida Y un estímulo a nivel comunitario.

Hemos preferido en efecto no contestar cada una por su cuenta, sino dialogar entre nosotras para llegar no a una yuxtaposición de pareceres distintos sino a un *consensus* y a un crecimiento en la verdad del amor. Además podíamos intentar esto porque somos una fundación nueva, un grupo de diez monjas recién llegadas al país, casi de la misma edad y muy unidas entre nosotras por la común vocación.

Por supuesto nuestra situación era limitada: teníamos una vida comunitaria de solo dos meses. No podíamos entonces hacer un examen serio y hablar de renovación sino refiriéndonos a la experiencia ya vivida en nuestra precedente comunidad (Vitorchiano - Italia).

I y III Preguntas

De nuestro intercambio resulta para nosotras que “vivir el Evangelio” en una comunidad monástica significa:

- recibir la salvación como un don gratuito;
- “convertirse” en una purificación diaria;
- amar a Dios y a los hermanos, perdonando y haciéndose perdonar.

En general nos parece que si, en nuestras comunidades –de entonces y de ahora–, el Evangelio es la regla suprema, al menos como tensión fundamental, como deseo y como esfuerzo. Reconocemos sin embargo nuestras incoherencias y nuestras debilidades, pero -como dice una hermana, , a pesar de ellas yo he experimentado el Evangelio en las relaciones con mis hermanas...”. “He siempre encontrado mucha misericordia y comprensión...”; “a pesar de las muchas caídas, me parece que siempre es la caridad que prevalece...”; “... y nos empuja hacia un nuevo esfuerzo de purificación personal, sin desanimarnos”.

Más profundamente, una hermana aclara: “El Evangelio no es una serie de normas sino una VIDA. Me pregunto entonces si quitado el Evangelio, habría comunidad. A pesar de nuestras incoherencias reconocemos que hay una Vida profunda que corre entre nosotras: “Es Jesús -concluye otra– que vive en nosotras y actúa en nuestra comunidad mucho más allá de lo que a nosotras pueda parecer”.

Unánimemente reconocemos que esto empezó hace unos años, con el esfuerzo de renovación que empezamos en nuestra precedente comunidad para volver a las “fuentes de la vida monástica”, y a la inspiración claramente evangélica del monaquismo. Desde entonces el Evangelio se manifestó con su fuerza purificadora y vivificadora sobre todo:

- A – haciendo caer lo puramente literal para que brote más el espíritu de las normas y observancias monásticas;
- B – se hizo mucho más hincapié sobre el aspecto de perdón en toda la vida comunitaria que sobre el de castigo;
- C – tuvimos relaciones fraternales más humanas y sencillas; diálogos comunitarios animados más por una búsqueda de convicciones profundas que por una confrontación moralista o formal.

Lo que nos ayudó especialmente en esto fueron:

- los estudios personales y comunitarios sobre el Evangelio y las principales fuentes de la vida monástica;
- el deseo sincero de una más grande autenticidad expresado por las vocaciones jóvenes;
- la formación general que se dio a toda la comunidad, empezando por las conferencias de la Abadesa inspiradas en la búsqueda del espíritu evangélico en la letra de la Regla;
- y finalmente los diálogos muy intensos que tuvimos en el grupo durante todo el año pasado en preparación para la fundación.

A este propósito unas de nosotras subrayan que los primeros frutos de la formación recibida brotaron aquí en estos pocos meses de vida argentina. Estos valores evangélicos se manifestaron entre nosotras mismas en una mayor transparencia debida a las estructuras más sencillas que las de una comunidad numerosa. “En Hinojo he visto brillar con más transparencia la buena noticia”, “en Hinojo he creído más en el Evangelio”. Otras subrayan que “bajo las estructuras, aunque más rígidas, de nuestra comunidad anterior, ya había un profundo espíritu evangélico; ahora aquí nos damos más cuenta de lo que hemos recibido de Dios a través de ella”.

Sin embargo una voz se levanta entre nosotras para hacernos recordar cuán lejos estamos del vivir una vida *únicamente* evangélica. “El Evangelio nos dice que la medida de nuestra perfección es la de Dios, el Padre de Jesús...”. “Yo hablo por mí: me falta mucho para ser verdaderamente cristiana, para vivir el Evangelio en verdad. Sí, hicimos mucho hasta ahora pero nos falta mucho más... no podemos quedarnos en esta autocomplacencia...”. “Al contrario, tenemos que seguir estudiando, penetrando la Palabra de Dios para convertirnos a ella”. Concluimos la primera parte de nuestro diálogo reflexionando que el Evangelio es justamente esta paradoja de ser una VIDA que ya fluye en nosotros, pero que tiene que correr más; una *DINAMIS* del Espíritu que ya nos posee y siempre nos empuja a entregarnos más. En este sentido podemos decir que el Evangelio sí, es la regla suprema de nuestra comunidad, pero nunca podremos cesar en la búsqueda para que ella se haga carne y sangre en nosotras.

II y IV Preguntas

¿Qué impide entonces esta realización más intensa y total en nuestra comunidad?

Las razones principales son:

1. El egoísmo personal y la falta de pureza de corazón. “Tenemos poco coraje de perder la vida por Jesús”; “no dejo que la Palabra de Dios me hiera hasta el fondo”; “tengo miedo de comprometerme por el Evangelio”.
2. El individualismo que unas veces ataca nuestra manera de actuar y pensar.
3. Una influencia negativa sobre nosotras de la mentalidad actual que disminuye los valores de humildad, obediencia, penitencia, etc., “tenemos dificultad en reconocer el sufrimiento y las contrariedades como fuerzas liberadoras”; “nos gustan las cosas buenas, ricas, cómodas”;
4. a) Unas veces el respeto humano que nos impide una clarificación evangélica o una corrección caritativa entre nosotras.
b) La prioridad que damos en unos casos a la “ley” o a las “cosas que hacer” más que a las

personas.

Las sugerencias que nos darnos y que ya empezamos actuando con mucho fruto son:

A) Formación personal y comunitaria al Evangelio más intensa. Tenemos que estudiar juntas el Evangelio de varias maneras (lecturas comunes, momentos de reflexión, oración personal, etc.), con tal de que podamos llegar:

1. a un “Juicio” - a una “convicción unitaria”.
2. para poder buscar juntas una comunión de vida evangélica,
3. y confrontar la vida diaria con el juicio en la fe: Jesucristo.

Concretamente:

A nivel personal se trata de un asunto de actitud interior hacia Dios y los demás: “Todo lo escucho con gusto pero lo que me ayuda más es una actitud de escucha profunda y de silencio interior. Tengo necesidad de pasar mucho tiempo en silencio frente a Dios...”. “Tenemos que aprender a *escuchar*, abrirnos totalmente a la Palabra de Dios, a cada hermana, sin prejuicios porque cada hermana es una Palabra de Dios...”. “Debemos pedir la gracia de ser más creyentes”.

A nivel comunitario deseamos:

1. No multiplicar las lecturas sino aprovechar bien de las que ya hay.
2. Concentrar nuestro esfuerzo diario sobre un compromiso con el Evangelio del día: decidimos hacer una reunión antes de Completas en la cual revisar nuestra actitud, pedir perdón (aspecto de purificación) y expresar nuestro agradecimiento, subrayar las ayudas recibidas, etc. (aspecto de edificación comunitaria).
3. Necesitamos también hacer una confrontación de estudio y de vida con la experiencia espiritual de nuestros fundadores del Císter. Los rasgos de soledad y pobreza buscados por ellos son para nosotras un llamado especial a vivir el misterio pascual.
4. Queremos también comprometernos a vivir todo esto en un clima de amistad, que tornará posible y transparente la comunicación entre nosotras del mensaje evangélico.

Pierre Minard, osb

Demeure Notre Père. LAURAC

07110 L'Argentièrre. Francia

“Ya que la norma última de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo, tal como se lo propone en el Evangelio, éste ha de tenerse por todos los institutos como regla suprema”. Este apremiante llamado del Concilio (P.C. 2) debe obligarnos a nosotros, monjes de 1973, a preguntarnos seriamente: ¿con toda sinceridad, el Evangelio es verdaderamente para nosotros la regla suprema? ¿Lo vivimos, como individuos y como comunidades? Cuando se trata de realizar una renovación necesaria, ¿buscamos el fermento en el Evangelio? ¿Cómo?

Una cuestión previa se plantea inmediatamente: ¿Qué debemos entender por “vivir el Evangelio”? Porque ciertamente no se trata de un sentimentalismo fácil, de un *Jesus movement*. No se trata de contestar el aporte de veinte siglos de cristianismo en nombre de un retorno a la primera comunidad de Jerusalén. En un reciente ensayo de reflexión emanado de la Comisión

de Religiosos de Francia, se lee: “La vida y la enseñanza de Cristo son normativas para todos aquellos que dicen pertenecerle”, y la consecuencia: escuchar a Cristo y mirarlo. Es esto lo que hace del Evangelio la regla de nuestra vida que es esencialmente “continuar en la Iglesia la vida de oración de Cristo y su austera simplicidad”: esto es seguir a Cristo, tomar por norma su vida y su enseñanza y para ello no cansarse de mirarlo y escucharlo. Es decir, hacer de su Persona el verdadero centro de toda nuestra vida. San Benito no cesa de recordárnoslo: Cristo escuchado y visto en el abad, en los huéspedes, los pobres, los enfermos; Cristo seguido en el renunciamiento a sí mismo e imitado en la obediencia, Cristo a quien se ora en la tentación; Cristo en cuya pasión debemos participar, cuyo amor nos ha de guiar hacia la perfección de la caridad; Cristo a quien nada se ha de preferir.

No se diga que estas son vagas consideraciones piadosas. Al contrario, es posible aplicar el “test” evangélico a nuestra vida. No se trata de decir: Si uno de los discípulos galileos del Señor viniese durante veinticuatro horas a este monasterio, ¿se hallaría en él? , sino: ¿se encuentra en nuestra vida un eco auténtico de la enseñanza de Cristo? Tomemos la vida de oración. ¿Está todo ordenado en nuestros monasterios, de tal manera que la oración continua sea el fin buscado conscientemente, en un encuentro personal con Cristo? ¿La vida de oración participa de la de Jesús cuando se retiraba a la montaña para orar, solo o con algunos apóstoles? ¿Esta vida de oración es el impulso del Hijo hacia el Padre, en el Espíritu, en el corazón de los hermanos reunidos para decir: “Padre nuestro”..., en medio de los cuales está Cristo, aunque no sean más que dos o tres? ¿La oración solitaria del monje realiza ese estar en la presencia de Dios que lo escucha en lo secreto de la habitación? Cualesquiera que sean las razones que han podido, en el transcurso del tiempo, modificar el cuadro, la forma, el contenido de la oración de los monjes, es preciso que nos hagamos esta pregunta: ¿Concretamente, hoy, en este monasterio, todo permite y facilita una verdadera expansión del alma, ante Dios, en la caridad? (Regla 7, fin). Ya sea un retorno a una mayor dignidad o una búsqueda de mayor simplicidad, el punto de referencia debe ser en esto el Evangelio, sin lo cual nos arriesgamos a no vivir el Evangelio en profundidad y a no poder llamarlo con toda verdad, la regla suprema de nuestra vida.

Este tema de la oración no es más que un ejemplo, elegido en primer lugar porque para nosotros, monjes, es esencial y primero. Otro sería el de la caridad fraterna. Ella se encuentra tan realmente en el centro de la enseñanza de Cristo que los paganos reconocían a sus discípulos en la calidad de su amor mutuo. Ahora bien, le ha sido posible a un Voltaire decir, irónicamente, de los monjes, que, reunidos sin haberse elegido, viven juntos sin amarse y mueren sin llorarse. Odiosa caricatura, en verdad; pero seamos sinceros: ¿su sombra no ha planeado alguna vez sobre ciertas experiencias desgraciadas, pero muy reales, vividas en nuestros monasterios? El capítulo 72 de la Regla puede no tener más que una cita formal del Nuevo Testamento, pero no por eso deja de expresar en cada una de sus líneas, por la elección de sus términos plenamente escriturísticos, la delicadeza de la caridad específicamente evangélica. Y para que el Evangelio sea mejor vivido en nuestras comunidades bastará a menudo que cada uno examine su actitud respecto a sus hermanos a la luz de este capítulo de oro y de la mayor parte de las sentencias del capítulo 4 que es casi por entero un centón del Nuevo Testamento. Es de temer que este examen podría aún llevarnos a esta confesión: no, el Evangelio no es siempre y en todo lugar la regla suprema que debería ser entre nosotros. No admitir en su corazón la envidia, los litigios; no dejar que el sol se ponga sobre las heridas de la caridad; visitar a los enfermos, no dejar a un hermano sumido en la tristeza sin ayudarlo y consolarlo a fin de que, rodeado por todos, no se sienta perdido en su aislamiento; practicar las delicadezas del mutuo sobrellevarse y de la “obediencia” de los servicios prestados; la preferencia dada a lo que es más útil y más agradable al hermano que a sí mismo. Todo esto es seguir al Señor, que muchas veces declaró solemnemente que toda la Ley y los Profetas estaban en sus mandamientos: amar al prójimo como a sí mismo, precepto paralelo al de amar a Dios –tratar a los otros como se quisiera ser tratado– saber hacerse violencia.

La pobreza ofrecería aún amplia materia para un examen similar. Pobreza individual, pobreza comunitaria. La distancia, a la que nuestros contemporáneos son tan sensibles, entre una

apariciencia exterior, testigo de una época pasada y la simplicidad evangélica (vida y enseñanza de Jesús) ciertamente antes de ser juzgada debe de ser comprendida en su contexto cargado de todo un peso de historia y de cultura. Pero la evolución histórica del estado monástico – limitémonos al occidente– explica las desviaciones, pero no las excusa. En el curso de los siglos, fundaciones muy simples, voluntariamente pobres y austeras, verdaderas imágenes de vida evangélica, crecieron en número y en importancia social; les sobrevinieron donaciones de las cuales usaron con largueza para fines caritativos, pero acabaron por quedar como envenenadas por ellas hasta aparecer en el mundo como establecimientos ricos y poderosos, “eclesiásticos”, pero no: evangélicos. ¿El remedio? El de tantos ensayos de renovación monástica que han sabido discernir en su tradición su savia evangélica: retorno a la simplicidad de vida, a una observancia aligerada de añadidos cuya razón de ser, real en otros tiempos, había desaparecido. Pero no se trata de copiar movimientos de renovación antiguos. Por una parte, ellos mismos pronto perdieron su sabor porque no supieron volverse a examinar a tiempo antes de caer en el carril de rutinas fáciles. Por otra parte, la adaptación al mundo de hoy pide a veces una práctica renovada de los consejos evangélicos, más conforme con la vida y la enseñanza de Jesús de lo que reglamentaron siglos de derecho canónico. Cristo quiso ser pobre; recogió en su persona el ideal de los “pobres de Yahvé” dándole una nueva significación. Su pobreza de Verbo de Dios encarnado ha sido el despojamiento radical de todo el ser: esa “kenosis” de Cristo nos invita a un renunciamiento más profundo que el renunciamiento de los bienes materiales que no es aquí más que un signo. Y Cristo se ha hecho pobre “para enriquecernos”, modelo de la caridad universal a que debe tender nuestra pobreza. La renovación de la pobreza de los monjes se ha de buscar en una línea evangélica, diferente del legalismo que a menudo no veía en ese voto más que un ejercicio casi infantil de obediencia dentro de un sistema de permisos, con una incapacidad jurídica, cuando la pobreza debe dejar a la conciencia de una persona adulta la búsqueda responsable que le permita “reproducir el rostro de Cristo pobre”.

La savia evangélica, para seguir siendo fuente de vida, exige una constante revisión concreta de la manera cómo se la vive. Una revisión que no tenga por objeto tanto las observancias, las formas de oración o de acción, como lo que da a las observancias, a la oración y a la acción su carácter evangélico: su referencia explícita a la vida y a la enseñanza de Cristo que ha venido a anunciar el Reino de los Cielos, cuya ley es amor, servicio, perdón. El nos ha dicho que para entrar allí debemos hacer la voluntad del Padre, practicar una justicia superior a la de los escribas y fariseos, ser como niños, pero saber, sin embargo, hacerse violencia para renunciarse: “¡Ven, sígueme!”. Sobre esto, solamente, se funda luego la práctica de los consejos.

Esto requiere evidentemente un gran espíritu de fe en la vida monástica, que es verdaderamente evangélica si en ella se “busca a Dios” para seguir a Cristo con toda verdad, para hacer de sus enseñanzas y no de nuestras teorías la norma suprema de nuestra vida. Ella requiere un conocimiento profundo de la tradición, que sabrá evitar dos escollos. El primero, querer un retorno a las fuentes que fuese tan solo una reconstitución arqueológica; el otro, querer cambiar todo sin tener en cuenta lo que, en esta tradición, proviene de sus raíces evangélicas, de las cuales ha crecido dando frutos maduros, siempre actuales, a través de las mutaciones de la civilización. Hoy, de una manera propia a nuestra época, esta savia evangélica puede permitirnos vivir la vida de Cristo y su enseñanza, transmitidas por la experiencia de nuestros padres en el monaquismo. Requiere para todo esto una apertura al Espíritu que inspira en estos días este retorno al Evangelio. Este, al que tantas fundaciones simples contemporáneas mencionan explícitamente como su Regla suprema, puede serlo igualmente para todo monasterio solícito de renovar al soplo del Espíritu de Cristo una vida que quiere volver a encontrar la juventud del Evangelio.

Abadía de Santa Escolástica

*Victoria - Buenos Aires
Argentina*

I. a) Para nosotros, el Evangelio es:

Entrega a la persona de Jesucristo, a su obra, a su mensaje.

Seguimiento de Cristo por la renuncia y la cruz.

Retorno al Padre por la adoración en espíritu y en verdad.

Mandamiento del amor, tal como Cristo lo enunció.

Recibir la Buena Nueva y vivirla con alegría según el espíritu de las bienaventuranzas.

b) Encontramos que el Evangelio está muy concretamente expresado en la Regla, guardando, no obstante, la supremacía del Evangelio sobre la Regla.

c) Si bien podemos decir que tenemos por regla suprema el Evangelio, reconocemos, por otro lado, que aún estamos muy lejos de la meta y no lo vivimos en plenitud. Sin embargo, nos empeñamos de verdad en este trabajo de interiorización Y conversión, esperando alcanzar un día el Reino.

II. Las razones por las cuales no vivimos más intensamente el Evangelio las podemos expresar así:

- Las heridas del pecado no nos dejan que superemos por la fe, el orgullo y el egoísmo.

- La falta de interioridad nos hace temer el comprometernos con el

Evangelio y sus exigencias, y esto acentúa nuestras limitaciones.

- Padecemos, además, la influencia de nuestra época, caracterizada por una cultura que tiene elementos antievangélicos y que, en muchos aspectos, vive al margen del Evangelio.

- En resumen, no somos suficientemente pobres para acoger en nuestro corazón el Evangelio.

III. La renovación que hemos emprendido y, en parte, llevado a efecto, se ha hecho según los documentos del Concilio y del magisterio. Y vamos tomando cada vez mayor conciencia de los valores evangélicos que deben informar nuestra vida. Es evidente que nuestro contacto con el Evangelio ha favorecido una flexibilidad comunitaria que ha hecho posibles algunos cambios con equilibrio y sin perjuicio de la unidad.

Uno de los pasos hacia la renovación fue la unificación de la familia monástica.

Se observa una mayor sencillez en el trato mutuo, caracterizado por una actitud de respeto y reverencia y al mismo tiempo de apertura a la amistad fraterna.

Hay un mayor aprecio por el trabajo como medio para ganarse el sustento.

Se va creando un mayor sentido de corresponsabilidad comunitaria, expresado en una participación más activa en los capítulos y en los asuntos de interés general para el monasterio.

Se percibe una mayor preocupación por valorizar la *lectio divina* y la oración personal.

Se ha simplificado mucho el ceremonial, aunque pensamos que habría que lograr cierto

equilibrio en este punto.

IV. Pensamos que para alcanzar una mayor vigencia del Evangelio en nuestra comunidad habría ante todo, que actualizar nuestra vida de fe, orientando todas nuestras acciones hacia un mayor amor a Dios y a los hermanos, en el olvido de nosotras mismas. Para ello proponemos:

a) En el aspecto personal:

- Ahondar en el Evangelio con un gran espíritu de pobreza para llegar a crear en nosotras “ideas motoras” que nos hagan dar una respuesta evangélica en las diversas circunstancias de la vida.
- Dar la primacía absoluta a nuestra vida de oración y no dejarnos absorber por la vida de trabajo.

b) En el aspecto comunitario:

- Pensamos que es absolutamente necesario favorecer un clima de silencio y recogimiento, eliminando toda sensación de agitación, a fin de que pueda crecer en nosotros la semilla del Evangelio, leído personalmente o escuchado en común.
- Se ve la necesidad de una reflexión periódica comunitaria sobre el Evangelio. Dado que nuestra comunidad es numerosa, se podría tener dos tipos de reuniones: una de toda la comunidad y otras en grupos más reducidos.

Actualmente, ya hemos comenzado con buen éxito, una reunión comunitaria los primeros viernes. Al reunirnos, para responder a esta encuesta, hemos visto que se podría y convendría intensificar esta reflexión haciendo, por ejemplo, un propósito comunitario, que luego se revisaría en las reuniones de grupo, etc. Así nos comprometeríamos con una exigencia personal y comunitaria para una mejor vivencia del Evangelio.

Responden dos monjes del Monasterio Cisterciense de La Dehesa, Chile

P. Lino Doerner, ocs

C. P. 169 Las Condes

Santiago de Chile

Evangelio: ¿Regla suprema de vida?

1. En cuanto he podido observar la vida en nuestros monasterios, me parece que la fuerza central que los mueve es la caridad cristiana. Por eso digo que el Evangelio es la suprema regla en nuestros monasterios. La caridad falla a veces, pero por lo general es el dinamismo central, y la única cosa que los mantiene en la existencia.

2. Las deficiencias que hay en vivir el Evangelio en su plenitud no se pueden asignar a una sola causa. Las razones se hallan en el individuo, sí, pero también en la comunidad como tal; están en el plano interior, sí, pero también en las estructuras y circunstancias exteriores. Un monje puede, Y con razón, culparse por la falta de reflexión, de fe, de confianza en Dios, y de generosidad, si no acepta contento el Don de Dios, Quien se le ofrece en cada momento. Pero si toda la comunidad no va desarrollando en común su conciencia, eso va a obstaculizar los esfuerzos más sinceros de los individuos. Asimismo toda la comunidad puede entregarse al silencio interior con mucha fidelidad, pero si viven en un ambiente turbulento exteriormente, eso va a bajar la realización de su potencial.

3. La influencia del Evangelio en la renovación de los monasterios se ve más claramente en la tendencia hacia la responsabilidad –para corregir el conformismo– y hacia la experiencia –para corregir la racionalización–. Por ejemplo, respecto a la autoridad y la obediencia: los superiores son más conscientes de que deben ser los siervos de todos, sin buscar los signos exteriores de reverencia que recibieron antes; los monjes están más preocupados en prestar su potencial a la voluntad de Dios que en observar escrupulosamente los detalles legales. Otro ejemplo, la oración que da frutos de caridad se considera de mayor valor que una justificación teórica de la vida monástica. También se trata de evitar en lo posible construcciones arquitectónicas extravagantes, celebraciones pomposas de la liturgia, etc.

4. ¿Qué se puede hacer? Me parece que es cuestión de perseverar en nuestros esfuerzos diarios a todo nivel: individual, comunitario, interior y exterior. “Proceder con prudencia, caridad y sin excesos, no vaya a ser que queriendo quitar la herrumbre, quiebre el vaso”. Entonces: orar, leer y meditar, trabajar manualmente; dialogar, animarse mutuamente, cooperar; cambiar su actitud, y cambiar poco a poco la estructura. Olvidarse de lo que queda atrás, y esforzarse por alcanzar lo que está delante.

P. Eduardo Mc Clean, ocs

C.P. 169 Las Condes

Santiago de Chile

Unas palabras sobre el Evangelio en nuestra vida monástica

En la revaluación de nuestra vida no debemos dar por supuesto de antemano que no se encuentra el Evangelio en ella. Si hemos dejado padre, madre, casa –y patria– por el nombre de Jesús, habrá *algo* por lo menos del Evangelio en nuestra vida.

A mi modo de ver, nos hemos fijado excesivamente en la *tradición* monástica –más todavía en la austeridad de La Trapa– sin haber profundizado mucho en el Evangelio. Oímos hablar harto, ahora más que nunca, del monaquismo. ¿Hemos pensado mucho en el verdadero significado del Evangelio? ¿Cuáles son algunas ideas claves del Evangelio? Otra vez, a mi modo de ver, ¿no hay una tendencia a identificar la “sencillez Evangélica” con lo primitivo, lo antiguo –como si fuera la esencia del Evangelio el uso, por ejemplo, de un arado de madera, de una yunta de bueyes, rechazando la maquinaria moderna? ¿Qué haría Cristo si estuviese con nosotros hoy?

Sugeriría yo que “libertad”, “caridad”, “la llegada de los últimos tiempos, del Reino de Dios” y otros conceptos conexos, expresan mejor lo que es el Evangelio. Al profundizar, por la reflexión, en estos temas creo que llegamos a ver poco a poco con más claridad que sí hay mucho del Evangelio en nuestra vida monástica.

También veo el Evangelio en nuestros esfuerzos actuales en la renovación, más particularmente en el ámbito de la libertad personal. Siento también una “humanización” por decirlo así, de la caridad fraterna, gracias a la comunicación interpersonal más amplia que prevalece hoy día.

En fin, diría yo que fijándonos en lo bueno, en lo positivo ya existente, podemos avanzar en nuestra marcha hacia el ideal evangélico en nuestra vida monástica: “se vitaliza la vida viviendo”. Se puede añadir: “se profundiza la vida, con sus ideales, al seguir viviendo la vida profunda - de recogimiento, de unión con Jesús en trabajo y oración, y de unión en caridad con los hermanos”.

P. Eduardo Lagos, osb

Prior del Monasterio de Las Condes

Correo Miramontes.

Santiago de Chile

I. Yo creo que, en principio, nuestros monasterios tienen como norma suprema el Evangelio: no creo que alguien pueda decir lo contrario; pero, como en todas las cosas esta norma suprema no está siempre presente, o si está presente, actúa con mayor o menor eficacia según sean las disposiciones internas con que se la recibe. Estoy convencido de que los monasterios son como las almas: la misma doctrina, las mismas exigencias, en las mismas condiciones tienen diferentes respuestas según el grado de crecimiento interior y maduración espiritual de cada alma. Toda alma tiene su hora en la que realmente se convierte al Señor: todo monasterio tiene también la suya, en que la gracia del Señor lo toca y lo convierte.

II. La razón por la cual no vivimos más intensamente el Evangelio no es otra, creo yo, sino esta ley del pecado que todos llevamos, según la cual no hacemos el bien que deseamos sino el mal que detestamos. El pecado es una realidad tremenda y explica las terribles aberraciones del hombre, guerra, genocidios, crueldades... y explica también que aun los monjes se desvíen del Evangelio profesado.

III. Dos aspectos me impactan a mí en la renovación de la vida monástica aportada por el Evangelio: la autenticidad que las almas desean en todo sentido: en la oración, en la liturgia, en la obediencia, en la pobreza, en general en toda nuestra vida... y, en segundo lugar, el “cuestionamiento” de la vida religiosa en general, por el Evangelio.

IV. Este punto es tal vez, para mí, el más importante de todos y yo resumirla mi opinión diciendo que uno de los mayores problemas en la Orden Monástica es encontrar la manera de suscitar en nuestros monasterios, maestros y guías espirituales que sepan presentarnos las exigencias del Evangelio y que las vivan tal como las enseñan. En suma, es recordar el papel importantísimo que tiene el abad, tan bien explicado por D. Adalbert de Vogüé en su artículo que apareció en el número de *Cuadernos Monásticos* dedicado a la experiencia de Dios.

Monasterio de Nuestra Señora del Monte

Olinda - Pernambuco - Brasil

I. Cuando el decreto *Perfectae Caritatis* acentuó la importancia de que los institutos religiosos tuviesen el Evangelio como norma suprema, comenzamos a interrogarnos al respecto. Constatamos con satisfacción que la Regla de san Benito es fuertemente evangélica. Parecía suficiente. Pero, poco a poco, nos fuimos dando cuenta de que, preocupados por la observancia de la Regla, de hecho perdíamos un poco de vista el Evangelio en su totalidad. Descubrimos que en nuestra formación del noviciado, a pesar de toda la buena fe y el buen deseo de acertar, se puso un énfasis exagerado en la Regla, quedando el Evangelio un tanto a su servicio, citado frecuentemente para justificarla o comprenderla en su sentido más profundo, es decir, evangélico.

Esto no es de extrañar, desde el momento en que ocurría lo mismo en la Iglesia, entre dogma y Escritura. Se estudiaba dogma, y se procuraba vivir la espiritualidad que de él manaba. Ciertamente él se funda en la Palabra de Dios, pero ha sido también subsidiario de una cultura. ¿No trajo esto una pérdida de contacto con la Fuente suprema, no fue un empobrecimiento, una limitación? De la misma manera, ¿no quedamos, muchas veces, prisioneros de la cultura –(pues la Regla es una fuerte expresión evangélica de una cultura)– a veces más sujetos a las observancias que al espíritu que las ha determinado?

Todos estos hechos tienen sus explicaciones históricas. Pero actualmente hay, en la Iglesia, bajo el soplo del Espíritu, una fermentación evangélica; un despertar a lo esencial del cristianismo, a una teología bíblica, y de ello nos beneficiamos. A primera vista puede parecer que hubo un cierto olvido, un cierto desprestigio de la Regla. Y no podemos negar que existe este riesgo, por

otra parte necesario, y que asumido con seriedad exige una profundización de la misma Regla y de la Tradición.

Estamos en una fase rica en redescubrimientos y en fermentación evangélica con posibilidades hasta ahora no existentes, de elementos exegéticos, dinámicos, al alcance de todos. Restaría preguntarnos: ¿hasta qué punto ellos se están tornando *vida* para nuestras comunidades? No hay duda de que sí, pero hay un largo camino por recorrer en este *processus conversationis et fidei* del cual habla san Benito, junto con el incentivo de que corramos *via mandatorum Dei* Y practiquemos ahora lo que conviene para la eternidad. (Prólogo).

II. Señalaríamos:

1. *Razones permanentes*: La debilidad humana, dificultades psicológicas, rutina, instalación, que impiden ver la novedad de Cristo y del Evangelio; el egoísmo, la falta de valentía, los preconceptos, en fin, el “estado de pecado”, impiden abrazar hasta el extremo el amor de Dios y extenderlo al prójimo. Estas razones siempre existieron y siempre existirán como algo que clama por la salvación.

2. *Razones de crisis de la identidad monástica*. Lo que dijimos en la respuesta anterior no nos impide afirmar que la vida monástica no se funda solamente en el Evangelio. “El monje cristiano se caracteriza por una doble pertenencia: siendo un bautizado, escoge el camino monástico para vivir su condición cristiana. Este camino monástico no es exclusivo del cristianismo, pero, por un conjunto de prácticas ascéticas, ayuda eficazmente al cristiano que lo sigue, a desarrollar en sí un cierto tipo de atención exclusiva al Reino de Dios” (Jacques Housse, osb, *Collectanea Cistercensia*).

Todo esto es hoy fuente de mucha inseguridad. Hay una cierta tendencia a procurarse un “purismo evangélico” que lleva a rechazar la tradición, que implica valores transitorios y permanentes, profundamente humanos y religiosos, y no siempre inmediatamente bíblicos o evangélicos pero que el Evangelio asumió y cristianizó.

III. Pensamos que la mayor influencia del Evangelio en la renovación de los monasterios ha sido a partir del redescubrimiento del misterio cristiano, una concientización mayor del sentido de fraternidad: el asumir al hermano, el perdón mutuo, la corresponsabilidad en todos los planos, la práctica de la justicia social. Por otra parte no podemos negar aquí la influencia de factores culturales, psicológicos y filosóficos en la revalorización de la persona humana y del bien común. Realmente es imposible separar cultura y Evangelio. ¿Hasta dónde la influencia evangélica?, ¿hasta dónde la cultural? ¿Cuáles la incidencia de una sobre otra? En fin, ¿no es Dios la fuente de toda sabiduría?

Todo esto repercutió también fuera de los monasterios; un volverse hacia los otros, interesarse por ellos, cargar en la oración con sus problemas, ayudarlos dentro de las posibilidades. Un asumir los problemas del mundo concreto en que vivimos, sobre todo del mundo subdesarrollado, el redescubrimiento de la hospitalidad benedictina, el despertar de una conciencia ecuménica y misionera, una renovación litúrgica más dentro de nuestra realidad y orientada hacia las necesidades de los que frecuentan nuestros monasterios, una renovación de la concepción de nuestros votos en dimensiones más evangélicas y eclesiales. Sería largo enumerar...

IV. Sólo algunas sugerencias:

1. Un esfuerzo individual y comunitario *permanente* de retorno a las fuentes bíblicas a través de estudios y revisión de vida, procurando renovar toda nuestra vida de relación con Dios, con los hermanos, con la Iglesia y con el mundo.

2. Un redescubrimiento de la Regla y de la tradición monástica en sus elementos evangélicos y culturales.
3. Una valorización justa de los elementos de la cultura de nuestra época que nos llegan a través de la filosofía, psicología, sociología y otras ciencias humanas evangelizándolas.

Todo eso pide previamente un corazón evangélico, humilde y sincero, dispuesto a buscar la verdad donde ella estuviere, sin preconceptos.

P. Martín de Elizalde, osb

*Prior - Administrador de la Abadía de San Benito
Villanueva 955 - Buenos Aires
Argentina*

1. En teoría, indudablemente. Y en la práctica, hay grandes y pequeñas opciones en que se ha visto decidirse a nuestras comunidades por un mayor compromiso evangélico. Pero falta tal vez una aplicación constante y estructurada, una especie de relectura evangélica de la vida monástica, clerical, eclesial, para darle mayor consistencia y consecuencia. Y además, nunca podremos estar satisfechos en este sentido.
2. Estamos sumergidos por los cuidados temporales, las preocupaciones de eficiencia, fama, respetabilidad; sacrificamos el Evangelio a los ídolos del mundo. Vuelvo a decir, necesitamos una conversión al Evangelio para devolvernos la preocupación central que es aplicar esa Palabra.
3. Toda renovación válida en la historia ha sido provocada por un redescubrimiento fiel del Evangelio. La fermentación hodierna no es enteramente feliz, pues su motor es extraevangélico. No se trata ya de vivir mejor el Evangelio, sino de vivir mejor el mundo, con una visión evangélica. Dígase lo que se quiera, esto es demasiado parcial, es insuficiente. El Evangelio nos abraza como una totalidad, nos acoge como un país. Por eso, tantas renovaciones han quedado en meros cambios, y no hay en ellas Espíritu y Vida.
4. Volvemos al diálogo interior con Dios, abrimos personal y comunitariamente, sin vergüenza ni fatiga, a la dimensión evangélica, para que sea ella el patrón y medida de nuestra vida. Desde el Evangelio, podremos descubrir cuál es nuestra misión. Simplificar, atenernos a lo esencial, y desde allí marchar y crear, porque hay mucho para hacer.

Monasterio de la Santa Cruz

*Rua Prof. Coelho e Souza, 95
36100 Juiz de Fora - M.G.
Brasil*

I. ¿Creen ustedes que nuestros monasterios tienen como regla suprema el Evangelio?

Creemos que sí. San Benito se expresa así: “Guiados por el Evangelio, sigamos sus caminos para que merezcamos ver a Aquel que nos llamó a su Reino” (Prólogo). Es verdad que el cristiano por el Bautismo ya es llamado a vivir el Evangelio; el monje que viene al monasterio por causa de Cristo y del Evangelio, lo vivirá bajo una Regla y un abad; incluso sus inspiraciones evangélicas deben pasar por la apreciación del abad y de la comunidad.

II. ¿Cuál es la razón por la cual –según su parecer– no vivimos más intensamente el Evangelio?

Muchas veces, al llegar al monasterio, percibimos qué poco evangelizados estamos y hasta qué punto nuestro corazón es aún tierra de misión. Nos falta la intimidad con la Palabra de Dios para saber vivirla en el momento presente. Somos muy intelectuales y teóricos en la oración y en nuestra relación con Dios y con nuestros hermanos. Sucede también que absolutizamos lo jurídico y relativizamos lo evangélico que es más exigente: fariseísmo del tiempo de Cristo y de todos los tiempos.

III. ¿Cuál fue la influencia del Evangelio en la renovación de los monasterios?

Fue un despertar a la simplicidad evangélica y una fuerza para rever nuestra posición en la Iglesia frente a un mundo en profunda evolución. Para esto fueron de gran valor los documentos conciliares que hicieron posible la revisión de nuestras Constituciones respecto de puntos fundamentales de nuestra vida: el pluralismo en la adaptación de la Liturgia de las Horas y de la Misa, uso de la lengua vernácula, signos litúrgicos más transparentes, mayor verdad y unidad con el Pueblo de Dios que llega a nuestros monasterios.

La unificación de las clases en una sola familia, el compartir los bienes espirituales y materiales sin distinción, la autoridad como servicio, una nueva visión del trabajo como testimonio evangélico de pobreza, experiencias de relaciones fraternas y vida comunitaria, fueron otras tantas ventanas por donde el Evangelio penetró para permanecer en nuestras vidas y no dejar que se extinguiese el Espíritu.

IV. ¿Qué se debería hacer en concreto para una mayor vivencia del Evangelio?

A través de reflexiones en torno al Evangelio que lleven a una caridad auténtica: el don de sí mismo al prójimo, dando el abad el ejemplo y estimulando la unidad y la comunión fraterna tan encomiadas por el Señor Jesús en la convivencia con sus discípulos, “Que todos los miembros por la integridad de la fe, la caridad para con Dios y el prójimo, el amor a la cruz y la esperanza de la gloria futura irradian en el mundo entero la BUENA NUEVA DE CRISTO” (PC 25). Somos corresponsables en la aventura de la santidad.

Corn. J. A. Tholens, abad osb

Saccidananda Ashram

India

Las cuatro preguntas propuestas por los *Cuadernos Monásticos* a sus lectores parecen haber sido inspiradas por una aprensión de que la vida religiosa de hoy no esté a la altura de su misión. Por eso, dejaré de lado lo bueno que se pudiera decir a ese respecto y me limitaré a los puntos débiles que tantos religiosos y religiosas anhelan vencer. Señal de que, pese a las objeciones que se pudieren hacer a la vida religiosa organizada de hoy, existen todavía religiosos y religiosas convencidos.

¿Es el Evangelio la regla suprema en nuestros monasterios? La pregunta está formulada de manera tan general que me será permitido generalizar también la respuesta. Es de toda evidencia que el Evangelio debe ser la regla suprema, ya que lo que se espera de cada religioso es que viva mejor su vida cristiana. Pues bien, el criterio de la vida religiosa es precisamente que permita verdaderamente a los religiosos alcanzar ese fin. Miles de religiosos y religiosas consagran su existencia a la vida perfecta. Pero muy frecuentemente constatamos entre ellos un hambre espiritual no satisfecha, y lo que es peor aún, vidas humanas trucas. El Evangelio, sin embargo, es un mensaje de perfección fundado ante todo en un anuncio de liberación.

“¿Cuál sería la razón por la que no vivimos el Evangelio con mayor profundidad?”. Donde el hombre está psicológica y humanamente dañado, subdesarrollado, no hay base para la

perfección espiritual. Por lo demás, reglas, estatutos, costumbres, actitudes sociales han ahogado frecuentemente al Evangelio. Capítulos generales, diálogos interminables se han ocupado en cambiar algunas reglas y algunas costumbres “sin perder el espíritu de la venerable madre...”. Pero esto encierra una prudencia que falsea, que frustra la inspiración evangélica.

“¿Qué habría que hacer –de manera precisa– para que el Evangelio sea mejor vivido en las comunidades?”. “De manera precisa”. ¡He ahí lo que habría que evitar ante todo, cuando se desea que el Evangelio sea mejor vivido en las comunidades! Se trata de vida. ¡Pero la vida religiosa, espiritual, cristiana, no es un compuesto bioquímico que se pueda regular a gusto! ¿Qué habrá que hacer entonces? Creo que hay una sola actitud ante la compleja problemática de la renovación de la vida religiosa según el Evangelio. Y es ceder el lugar al Espíritu Santo. ¿No es peligroso esto? ¿Quién podrá decir que no surgirá un espíritu malo que tal vez hará estallar nuestros cuadros? Sin embargo está escrito: “No atéis al Espíritu Santo”. ¿Qué habrá que hacer, entonces? Nadie podrá decirlo de manera precisa. Pero en general, yo diría: estad atentos, mirad los signos, escuchad, observad, consultad, estudiad, no descuidéis nada, ni los jóvenes, ni los místicos, ni los teólogos avanzados, ni las ciencias antropológicas. Nadie tiene la última palabra, pero en conjunto, aparece con bastante claridad que en el mundo actual hay un movimiento del Espíritu que quizá hace crujir nuestros fundamentos habituales, que vacía nuestras casas religiosas para reagrupar a los fieles fuera de nuestros muros. No tengamos miedo. Sólo será válida una renovación que responda al Evangelio y en particular, al Sermón de la Montaña: “Hambre y sed de justicia”, entendido como hambre y sed de Dios, de una unión viva con El y comunicada a la ciudad de los hombres. Una vibración gigantesca en los corazones y en los espíritus: “Ama a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu”. Hay muchos religiosos, hombres y mujeres, de una ética impecable, pero tan fuertemente adheridos a formas y observancias que se tornan intolerantes, “narrow-minded” y dogmatizadores. Pero estos justos, que no son mejores que los escribas y fariseos, no renovarían la vida religiosa según el Evangelio. “Sed la sal de la tierra”. Mas esto exige cierta talla y confianza en sí mismo, no como un ser egoísta, sino como uno conducido por el Espíritu. “Sed la luz de la tierra”. No por el conocimiento, inclusive académico, sino por haberse tornado luz por la proximidad a la Luz, proximidad continua de corazón y de espíritu en la oración, la meditación, la contemplación del amor. Tal vez se realice entonces la palabra del Evangelio, salvífica para la vida religiosa: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”.

P. Basilio Pennington, oco

Abadía de San José

Spencer - Mass. USA

I. Sí y no. Algunos de los principios esenciales de acuerdo a los cuales vivimos son sin duda los del Evangelio. Sin embargo, no creo que nosotros los monjes pensemos con frecuencia en el Evangelio como nuestra regla esencial a la luz de la cual todas las otras reglas deban ser constantemente juzgadas. A veces se permite a otras reglas y a los libros de costumbres obscurecer las exigencias del Evangelio o hasta excusarnos de ellas. A veces en lugar de la libertad real en el espíritu o del ejercicio de la verdadera caridad, se busca “la seguridad de la obediencia” a una regla o a un libro de costumbres.

II. Existe por supuesto, nuestro común, básico, egoísmo humano. Y pienso que muchos de nosotros, jamás nos hemos encontrado con alguien que viva profundamente el Evangelio, que esté convencido de que en último término, el monaquismo no es más que eso y nos haya desafiado a participar de esa visión y de ese modo de vivir. Además, el énfasis sobre un enfoque de los Evangelios más literal y racionalista en nuestros programas de estudio ha llevado a una apreciación bien conceptual de los mismos. No hemos empleado tiempo suficiente en los mismos Evangelios ni los hemos encarado como una verdadera *lectio divina* (me parece que en la actualidad pocos saben hacer una verdadera *lectio* y no se les enseña esto a los novicios).

III. Estoy seguro de que esto varía de monasterio a monasterio, pero mi limitado conocimiento indica que el Evangelio no ha sido lo primario y lo central en la renovación 3, en los diálogos de muchas comunidades. Los que claramente hablaban (le un simple retorno al Evangelio han encontrado, a veces, de parte de los otros, el temor de que esto significaría perder lo que es distintivo del monaquismo. Es verdad que algunos, buscando un simple retorno al Evangelio, no se han preocupado suficientemente de la peculiar expresión monástica de vivir el Evangelio. Pero generalmente no parece haber una preocupación suficiente por evaluar la vida monástica a la luz del Evangelio. Es necesario que veamos la Regla como algo relativo y los medios como medios.

IV. Necesitamos verdaderos padres y madres espirituales, verdaderos *starets*, que puedan engendrar un modo de vivir evangélico. Los monjes y las monjas que lo deseen, que sienten que son llamados a eso, podrían ser liberados de las preocupaciones ordinarias para poder sumergirse profundamente en el Evangelio y así desafiar y ayudar a los demás. La misma comunidad podría hacer en común alguna búsqueda seria en el Evangelio y todos los diálogos monásticos podrían comenzar con un texto, dejando que el Señor diga la primera palabra.

A todos se les puede alentar para dedicarse a un serio estudio bíblico, pero es necesario que el interés vaya no sólo a los estudios modernos sino también al comentario Patrístico y Medieval y a todos los sentidos de la Escritura.

Somos seres encarnados y aunque flojos en nuestra apreciación de los símbolos, sin embargo la sacramentalidad nos afecta y recibiremos su sello si se le da al texto sagrado un lugar destacado en nuestros oratorios, salas de comunidad y celdas, si su lectura centra la oración pública, las reuniones y nuestra *lectio* personal.

Monasterio de Santa María, Madre de la Iglesia

Ruta Interbalnearia Km. 27 1/2

Aeropuerto Carrasco

Canelones - Uruguay

I. ¿Le parece a usted que nuestros monasterios tienen como regla suprema el Evangelio?

Sí, como ideal, pero no siempre en la práctica. Se procura seguir a Cristo (*Jn 1,43* y *Mt 4,19*) y que su amor tenga la primacía en nuestra vida y sea fuente de una auténtica caridad fraterna (*Jn 15,17*). Caridad fraterna ejercida en primer lugar entre la comunidad monástica pero tendiendo hacia toda la comunidad eclesial para que alcance a la comunidad humana total, para que todos los hombres seamos congregados en la Casa del Padre (*LG 2*).

Claro que esto se da en una comunidad en estado de peregrinación, consciente de su flaqueza pero segura del Amor con que Dios la ama. Amor que constituye su piedra angular. No somos mejores que la comunidad apostólica, donde se dieron muchas fallas: traición, incredulidad, celo amargo e indiscreto, ambición, pero sin embargo el único discípulo “reemplazado” (*Hch 1,25*) fue Judas porque desertó, los demás fueron reprendidos pero no arrojados fuera. El Amor de Dios es siempre el mismo. Sabemos en quién nos hemos fiado.

II. ¿Cuál es la razón –según su manera de ver– por la cual izo vivimos más intensamente el Evangelio?

a) No tenemos el espíritu bastante abierto y dócil a la Verdad.

No siempre vivimos movidos por el Espíritu (*Rm 8,14*) sino que obramos según la carne y sangre (*Rm 8,5*).

También el formalismo nos amenaza cada día.

b) Nuestro orgullo y egoísmo con sus secuelas de vanidad, envidia, celos, ambición... nos llevan a una búsqueda de nosotras mismas en lugar de buscar al Señor.

c) Idealizamos: muchas veces seguimos más nuestras ideas monásticas” que a Jesús manso y humilde.

III. ¿Cuál ha sido la influencia del Evangelio en la renovación de los monasterios?

En primer lugar se lo ha tenido muy presente en la revisión de las Constituciones y eso nos ha hecho más conscientes de lo difícil que es encontrar un estilo de vida que esté en armonía con sus exigencias. Esto es un acicate que nos mueve a estudiarlo mejor para procurar conformar nuestra vida a su enseñanza y a pedir el auxilio de la gracia para lo que no es posible a nuestra naturaleza.

Así influyó:

- en una mayor atención al Evangelio mismo;
- en una mayor conciencia de las exigencias de la caridad;
- en la unificación de la comunidad en una sola clase de hermanas (cf. *Mt 23,8*);
- en la búsqueda de una mayor simplicidad (cf. *Lc 10,41*);
- en una mayor sencillez y libertad en las relaciones con la superiora y entre las hermanas (cf. *Mt 20,25-28; Lc 22,26-27; Jn 15,15*);
- en la acogida a los huéspedes y a los pobres.

IV. ¿Qué habría que hacer –concretamente– para una mayor vigencia del Evangelio en las comunidades?

a) Abrirnos más a la Verdad. Dejarnos guiar por el Espíritu (*Rm 8,14*). Hacernos como los niños (*Mt 18,3*). Y para esto ir al Evangelio no como a un libro cualquiera, sino con la convicción de que escuchamos a Cristo y de que allí nos encontramos personalmente con él. Estudiarlo y profundizarlo hasta que se torne oración y principio vital en nosotros.

b) Combatir los “lugares altos” (cf. *Dt 12,2*; y *I R 14,23 ss.*) y los “idolillos” que nuestro orgullo se fabrica. “Todo es nuestro pero nosotros somos de Dios”. Se los combate con la cruz, con sencillez y humildad. En este combate no debemos olvidar que el primer lugar lo ocupa la gracia: “Sin Mí, nada podéis hacer”. Nuestra parte es de colaboración, respuesta libre y amorosa. Confiar en este trabajo lento de la gracia que obra en cada miembro de la comunidad (cf. *Jn 14,1-2*).

c) Estar más atentas a la realidad que es la historia “concreta” de cada día donde planea el Espíritu y va engendrando el Reino (cf. *Gn 1,2; Ap 22,17*).

M. María-Jesús Franco, op

Priora del Monasterio Santa Catalina

Viamonte 445

Buenos Aires - Argentina

I. ¿Creéis que el Evangelio es la regla suprema en vuestros monasterios?

El Evangelio no es un código de normas a las que ceñir la vida, sino un hábito vital que penetra lo más profundo del ser y lo transforma. (Para el hijo de Dios, ya no hay ley). Así, juzgo, que solo cuando “NO SOY YO QUIEN VIVE SINO QUE ES CRISTO QUIEN VIVE EN MÍ”, es cuando verdaderamente el Evangelio se convierte de una manera habitual y espontánea en la regla suprema de nuestra vida. Claro, que para llegar a eso hay que proponérselo como ideal. Y entonces podemos decir que sí, que en nuestro monasterio, la más ardiente aspiración, hacia la que se dirigen afanosamente los esfuerzos, es lograr que el Evangelio sea la regla suprema de la vida.

II. ¿Cuál será la razón, en nuestra apreciación, por la cual no vivimos el Evangelio más intensamente?

¿No será porque no lo hemos gustado sapiencialmente? El hombre de nuestro tiempo (y el religioso también lo es) no está mentalizado para la infancia espiritual (no hay más que escuchar los *slogans* que circulan en todos los ambientes), nos falta humildad, sencillez, simplicidad... Las virtudes llamadas pasivas, que son las que nos disponen para abrirnos al Espíritu, no son nuestro fuerte, preferimos hacerlo todo nosotros... Y dijo Jesús: “Yo te alabo Padre mío, porque has encubierto estas cosas a los sabios y prudentes y se las has revelado a los pequeñuelos”. Sin una fe humilde y profunda es muy difícil enamorarse de TODO el Evangelio y dejarle penetrar vitalmente en nuestro ser.

III. ¿Qué influencia ha tenido el Evangelio en la renovación de vuestros monasterios?

Perdóneseme que prefiera hablar en singular y en presente, pues juzgo que así la respuesta responderá mejor a la realidad.

Como ya digo en la primera respuesta, nuestra Comunidad ha tomado en serio hacer del Evangelio la regla suprema de vida; entonces, la reflexión personal y comunitaria del mismo, nos va abriendo horizontes hacia los que con sinceridad tratamos de encaminar resuelta y decididamente nuestros pasos. Juzgo que la renovación no está hecha, es más, que nunca acabará de hacerse, pero ciertamente, cada día caminamos hacia ella influenciadas por el Evangelio.

IV. ¿Qué podríamos hacer, concretamente, para que el Evangelio sea mejor vivido en nuestras Comunidades?

En nuestras respuestas anteriores queda ya implícitamente contestada esta pregunta, pero del mismo Evangelio brota la solución definitiva, es el mismo Jesús, sabiduría infinita, quien nos responde cuando nos dice: EL QUE QUIERA VENIR EN POS DE MÍ (seguir mis enseñanzas, vivir mi doctrina), 1º NIÉGUESE A SÍ MISMO, 2º TOME SU CRUZ Y 3º SÍGAME...”. Quizás mi aportación fuera más completa si aplicara a la vida concreta estas condiciones que pone Jesús a los que quieren ser sus discípulos, pero ¿no será mejor en oración silenciosa abrirnos al Espíritu Santo y que El personalmente nos señale a cada uno la forma de llevarlo a la práctica?

J. M. R. Tillard, op
Collège Dominicain de Théologie
96, Av. Empress
Ottawa - Canadá

1. Es imposible responder de manera global y sin matices a una pregunta como esta. Todo depende de las circunstancias y lugares. Conozco monasterios que están en plena búsqueda de

autenticidad evangélica. Conozco otros que, a los ojos de quien no comparte su vida desde el interior, parecen más pesados, menos tendidos hacia una fidelidad total a las exigencias del Evangelio.

Ciertamente las apariencias exteriores resultan un peso: edificios, amplios terrenos, estilo de vida. Todo esto, muy frecuentemente, esconde y torna ilegible el testimonio de vidas personales que buscan verdaderamente el Evangelio. Hoy, los monasterios deben cargar con las pesadas consecuencias de su historia, inscrita en sus piedras. ¿Cómo librarse de esta carga? Conocemos algunos monasterios a quienes atormenta esta pregunta. Más que nunca vale en esto el consejo: “No juzgues desde afuera, prueba ante todo la calidad de los corazones”.

Sin embargo, no estaría bien hacer pie sobre esta comprobación para justificarse fácilmente y caer en una pereza irremediable. Los cuadros, los lugares, pueden poco a poco, sofocar los corazones; pueden cerrar las personas sobre sí mismas, y cerrar sus oídos a los grandes llamados y a los grandes problemas de los hombres. Para que el Evangelio sea en verdad la regla suprema, no es suficiente despojarse de cierto número de prácticas exteriores o restablecer actitudes sencillas y francas dentro de los muros que rodean los claustros. Es menester que las personas experimenten la gran inquietud que la primera carta de Juan expresa admirablemente: el amor realista a todos los hermanos, la verdadera comunión (y no sólo verbal) con las angustias del mundo.

Tal vez sobre este punto deban interrogarse los monasterios. ¿No han tranquilizado fácilmente su conciencia diciendo que rezan por los hombres? No es suficiente gritar al Señor con los labios, aun cuando dicho grito se repita varias veces al día y a veces se adorne prestándole toda la atención que le añade el arte. Es menester sobre todo, que el corazón del que brota este grito sea un corazón amasado por el espíritu de las bienaventuranzas y devorado por la caridad. Se puede vivir en un ambiente despojado, tener relaciones comunitarias de la mayor sencillez, ser fiel al oficio cotidiano, y no vivir del Evangelio.

II. Puede ser que, inconscientemente, hayamos sido víctimas de un tipo de cristianismo demasiado satisfecho de sí. Hemos creído que el cumplimiento –a veces heroico– de ciertas prácticas, la ruptura con ciertas formas ordinarias de compromiso con el mundo, bastaban para estar en paz con el Evangelio. Puesto que en nuestras casas religiosas –pobres o ricas– (poco importa eso aquí), nos manteníamos fieles a nuestras normas propias, asiduos a nuestras observancias, ni se nos ocurría preguntarnos si ello respondía por completo a las exigencias de Cristo. Nuestra clausura monástica se identificaba, a veces, con una ruptura con preocupaciones extrañas a los problemas y a los proyectos de nuestro pequeño mundo religioso. Y, en el fondo, habíamos olvidado tal vez, que la profesión religiosa y los mismos votos cobran su sentido sólo cuando se los sitúa sobre la tela de fondo del Evangelio como tal. No simplemente de algunos versículos que marcan una cresta radical, sino también de otros más humildes tal vez pero más próximos al Cristo que queríamos seguir.

Hasta llegó a ocurrir en algunas regiones, a causa del provincialismo o de un replegarse sobre sí mismo, que se haya cedido a una cierta complacencia para con los poderosos de este mundo, que ¡ay! eran a menudo los opresores de los pequeños y de los más pobres. Éramos propietarios entre los otros propietarios, o –lo que es peor aún– a veces encontrábamos nuestra subsistencia en la “generosidad” de personas, por otra parte, poco cuidadosas de la justicia social y que tranquilizaban así su conciencia. Todo eso nos ataba las manos, nos impedía decir las palabras duras o expresar los juicios severos que el Evangelio habría exigido. Para darnos entera y valientemente a Cristo llegábamos a no tomar en cuenta su presencia en el rostro de los pobres y humillados. Y ni la taza de sopa o la comida ofrecida al mendigo eran suficientes para volver a infundir en nosotros, en cuanto comunidades, la fidelidad al amor por los sencillos. La cruz de Cristo nos señala que es menester ir mucho más allá de estos gestos bastante banales...

En nuestra oración, estábamos atentos a las intenciones de las personas que acudían a nosotros o

a las catástrofes grandes y excepcionales, pero no pensábamos suficientemente en los grandes imperativos de la justicia, del bienestar de las masas humanas, de lo que hoy entendemos por “desarrollo” o “liberación”. De suerte que nuestra intercesión y nuestra contemplación difícilmente llegaban a sobrepasar los límites del universo de aquellos que llamaban a nuestra puerta, o, de manera más general, se encerraba en la esfera de los problemas del mundo eclesiástico. Pensaba “eclesiástico” y no Iglesia; religión y no Evangelio. O para decirlo mejor, no habíamos comprendido –no éramos los únicos, es verdad– que el señorío de Cristo resucitado abraza todos los asuntos de los hombres y que, por lo tanto, la inquietud evangélica debía desbordar la simple preocupación por la conversión de los hombres a nuestra fe o por la expansión de la Iglesia visible.

III. Para que el Evangelio sea hoy mejor vivido, se impone ante todo una conversión en las actitudes. Monjes y monjas, todos los contemplativos en general, deben descubrir que ellos también tienen necesidad de los demás cristianos. Hasta ahora, en efecto, nuestros monasterios han vivido en la convicción de que los cristianos necesitaban de ellos. Eran los “pararrayos” de la comunidad humana, los que por su intercesión y austeridad de vida atraían la gracia de Dios. Hoy necesitan descubrir que tienen mucho que recibir y que no pueden ser fieles a su vocación si no dejan que los hombres les revelen nuevos aspectos del designio de Dios. Debe establecerse una corriente de diálogo.

También la historia de la vida religiosa nos enseña un medio para vigorizar nuestro fervor evangélico. La pobreza. Pero una pobreza vivida según sus verdaderas dimensiones. “Ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres” es un llamado dirigido no solamente a los individuos al entrar al monasterio sino a toda comunidad religiosa. No basta que las personas sean pobres, que no tengan nada en sus bolsillos, si las arcas del ecónomo se enriquecen. No basta tampoco que el estilo de vida cotidiana sea sobrio, despojado, reducido a lo necesario. Los bienes de que uno se priva deben servir a los otros, es decir a los pobres, a los que suspiran por su liberación. El voto de pobreza tiene sentido sólo si se lo vive en el plano comunitario. El poner los bienes en común, el proyecto de vida modesto deben permitir a la comunidad poder compartir con aquellos que son pobres no por haberlo elegido sino por necesidad. En algunas regiones del mundo, este signo de una pobreza que comparte verdaderamente, de una comunidad que se empobrece para liberar a los otros de la opresión de la pobreza es tal vez el gran gesto que señala la entrada en un evangelismo radical que el Señor espera de los religiosos.

IV. También en este caso es imposible dar respuestas absolutas que no resulten injustas. La renovación evangélica marcha lentamente en lo secreto de los corazones o en la conversión de las voluntades antes de manifestarse exteriormente. Pienso que, en general, todos los monasterios han querido renovarse según el Evangelio. El problema reside en que a menudo no entienden todos del mismo modo lo que el Evangelio significa y sobre todo lo que él les exige. Los hay que con toda lealtad piensan que el Evangelio exige una fidelidad casi inviolable a las instituciones y a las formas del pasado y por eso ven como una traición toda adaptación que no coincida totalmente con el espíritu original. Los ‘hay también que con la misma lealtad, pero sin duda con mayor lucidez, piensan, por el contrario, que el Espíritu Santo pide a los monjes que presten oído a las nuevas exigencias de nuestro tiempo y que jamás separen la fidelidad a los orígenes de la fidelidad al momento actual, aún cuando esto exija ciertas rupturas.

Hna. María Teresa Simoes Dies Perdigao

Brasil

Debo a la Comunidad donde estoy viviendo, el descubrimiento del Evangelio. No digo que ignorase lo que era el Evangelio, pero constituía una especie de ideal abstracto, un tanto vago, ligado a actitudes, o a cualidades.

En cuanto al texto de los Evangelios, seguía siendo para mí una atracción y una decepción.

Tenía sed de Dios, pero no lo conseguía encontrar en el texto, era como si estuviese ante una puerta cerrada, o ante un muro. La idea del absoluto de Dios no cabía en los textos pobres del Evangelio.

Vine de una gran comunidad, donde viví cuatro años, a esta pequeña comunidad, donde estoy desde hace tres años. Aquí encontré una gran simplicidad de vida. No hay cosas superfluas en la casa, todo está abierto, estamos en medio de la naturaleza, de un pueblo simple y pobre y no hay nada escondido. Así como todo está abierto para mirar hacia afuera también desde afuera se ve hacia adentro. Todas las hermanas tienen una mirada muy transparente, cada una es lo que es, con su temperamento. Descubrí que cada persona cuenta, la gente se conoce no solo aquí adentro, sino con su pasado y con su familia. Vi que sabían escucharse, que conocían los gestos las unas de las otras, y que la unidad del corazón contaba mucho más que todo el resto. Para las decisiones importantes, vi que se prefería esperar antes que forzar a cualquiera, o ir en contra, así se tratase de una sola hermana. La unidad era mucho más importante. Descubrí en esto una caridad activa, un gran respeto por cada una, y también una gran exigencia. Encontré un amor muy grande por la oración, un gusto por la preparación de los Oficios, un deseo de silencio, un saber saborear y compartir los descubrimientos de la oración. Encontré un sentido de lo esencial; no se pierde tiempo en cosas que no valen la pena. Una flexibilidad en el horario en el que se da primacía a la caridad. Si alguien llega con un problema, pidiendo ayuda, entorpeciendo el horario de la comunidad, no se va sin consuelo, sin haber sido atendido; no será “despachado”.

Ante cada imprevisto, considerado como una visita del Señor, vi que el Evangelio era el punto de referencia. ¿qué haría el Señor en este momento? ¿Cómo se puede hacer para ayudar, hasta el extremo, para que la persona se recupere, vuelva a encontrar su camino? ¿Nuestra actitud fue de acogida, de misericordia?

El huésped es recibido como el Señor y la comunidad, muchas veces, actúa sacrificándose unánimemente con alegría, no cerrándose sobre sí misma, sino abierta y acogedora, dejándose incomodar, que le cambien los planes, compartiendo la oración, recreos, trabajos, ambiente fraterno, y sabiendo también recibir de quien la visita.

Las clases que recibí sobre el Evangelio, bien objetivas: estudiando el texto, me hicieron encontrar personas apasionadas por Cristo, profundamente felices por causa de El o enteramente entregadas a El.

Esta vida, en una comunidad pequeña, tan exigente, y que me reveló el mal que yo tengo, mis límites, mis resistencias, me hizo descubrir la conversión que es necesaria para acoger el Evangelio y para vivirlo. Conversión que nunca acaba, pero que también obliga a vivir de la misericordia. Tener hermanas que saben perdonar, que viven tendidas hacia el Señor, que son profundamente humanas, que revelan la bondad del Señor, que viven de fe, pero que también tienen límites y saben vivir con ellos, me hizo descubrir una vida común que es una gran alegría y una gran exigencia.

Poco a poco el Evangelio se fue tornando muy concreto y tan exigente (arrancándome de mí misma) que se hizo una persona, el Señor Jesús. Ahora la vida no es correr tras un ideal, sino vivir con Alguien, y el texto del Evangelio comienza a revelar un rostro en un descubrimiento que jamás acaba.

P. Ireneo Hausherr, sj
28 rue du Couvent
67 Rosheim - Francia

I. *¿Es el Evangelio la regla suprema de nuestros monasterios?*

Supongo que lo es. En todo caso, lo deseo. Y no solamente de vuestros monasterios, sino, de derecho, de toda la sociedad cristiana y de toda la sociedad humana. ¿De hecho...?

II. Siempre es posible vivir el Evangelio con mayor profundidad. La pregunta parece admitir que no es suficiente dicho progreso puesto que se interroga acerca de la causa. Nótese que no digo “cuál es la razón”, porque si esa falta de profundidad es un hecho, hay una causa (o varias) pero esa causa no es una razón. El hecho de una imperfección es ya una razón para buscar la causa a fin de suprimirla.

Antes de preguntarse cuál es la razón por la cual no vivís el Evangelio más profundamente, tal vez habría que averiguar en qué consiste precisamente esa falta de perfección. Me es imposible, evidentemente, desde lejos, diagnosticarlo para vuestros monasterios en particular. Deberé limitarme a consideraciones generales, más o menos valederas para todos los monasterios.

Para encontrar esas causas hay que yuxtaponer la auténtica doctrina evangélica de la perfección cristiana, y las doctrinas y prácticas que han inspirado o inspiran aún la vida de los monasterios.

Lo primero que me parece lamentable es que la vida monástica ha sido invadida poco a poco por corrientes de ideas de autenticidad evangélica dudosa, y eso, no en la práctica –lo cual sería más fácilmente reformable– sino en la doctrina misma.

En cuanto a esa doctrina, he tratado de presentarla durante unos treinta años en un curso dictado en París y en Roma. La primera parte de ese curso ha sido publicada en italiano con el título de *Carità e vita cristiana*. Señalo en particular la “Tesis general”, pp. 23 a 26, y el último capítulo: “El lugar de la caridad fraterna en la síntesis de la caridad”, cap. V de la segunda parte, pp. 231 a 248. Allí encontraréis la respuesta a vuestras preguntas II y IV.

III. En cuanto a la pregunta III *¿Cuál ha sido la influencia del Evangelio...?*, la respuesta podrá deducirse fácilmente.

Habría que examinar, en especial, la autenticidad evangélica de la doctrina y de la práctica en lo que se refiere a:

1. La contemplación.
2. La obediencia.
3. El *Opus Dei*.
4. La pobreza.
5. La penitencia y la mortificación.

Ninguna de estas cosas es el fin: hay búsquedas de contemplación, absolutismos en la obediencia, diversas prácticas de pobreza, aún voluntaria, empeños por alcanzar la perfección litúrgica, rigores de austeridad que no corresponden a la enseñanza del Evangelio.

1. No olvidemos que no es el Evangelio el que ha introducido en este mundo las doctrinas, la búsqueda y la práctica de la contemplación. Explícitamente, jamás se hace referencia a ella antes de Clemente de Alejandría.

Hay, entre la contemplación platónica o plotiniana y la contemplación cristiana la misma gran

diferencia que existe entre el *eros* aún sublimado y el *ágape*²³⁰.

2. Tampoco es el Evangelio el que ha introducido en este mundo los rigores de la obediencia al hombre: “Faraón dijo a José: ‘Yo soy Faraón, sin tu permiso nadie levantará la mano ni el pie en todo el país de Egipto’ “ (Gn 41,44) y lo que ha dicho el Faraón valió y vale aun en muchas sociedades, con o –más frecuentemente– sin referencia a Dios.

3. Tampoco es el Evangelio el primero en exigir impecables representaciones coreográficas o irreprochables ejecuciones corales o musicales. Por más deseable que esto sea, puede tornarse fatal para lo que es esencial en toda liturgia: la oración personal y comunitaria inspirada por el Espíritu Santo²³¹. Todas esas búsquedas de perfección no son más que medios: “propter principalem scopum id est puritatem cordis quod est caritas” (Cass. Coll. 1,7).

4. El mismo principio vale para la pobreza: no es el hecho material lo que constituye una virtud evangélica, hasta puede tornarse ocasión de un vicio, como lo había hecho notar va un filósofo a propósito de Diógenes: “allos typhos”.

Remito a los exegetas para saber lo que quiere decir “pobreza de espíritu”, *pauperes spiritu*.

A fin de cuentas, es sin duda san Pablo quien –por haberla practicado intensamente–, ha dado la fórmula más exacta en *Ef 4,28*: “... más bien trabaje con sus propias manos haciendo algo útil para que pueda hacer partícipe al que se halle en necesidad”.

Y no dejemos de notar que esa recomendación tan prosaica está expresada –en la lógica de san Pablo– a continuación de esa carta magna de la contemplación cristiana que es la primera parte de la Carta a los Efesios.

Recordemos también que existen pobrezas que debemos socorrer y que son mucho más perjudiciales que la pobreza material.

5. En cuanto a penitencia y mortificación, hay que distinguirlas primeramente con cuidado: una mirada hacia el pasado, la otra hacia el porvenir.

a) En cuanto a lo que se refiere a la penitencia en el sentido preciso de la palabra, no pienso que en América del Sur habrá más que en otros países de Europa, excesos de compunción, es decir, manifestaciones exteriores de arrepentimiento por el pasado.

En el sentido de “metanoia”, es decir, de rectificación evangélica de nuestras ideas, la penitencia será siempre de actualidad.

b) En cuanto a la mortificación, término que en el sentido moral es casi un *hapax eireménon* (*Col 3,5*), me permito remitir a mi artículo “*Abnegación, renunciamento, mortificación: tres espantajos... y un poco de luz*”²³².

Hna. Maura Esteban, osb

Monasterio de Santa María, Madre de la Iglesia

Ruta Interbalnearia

Canelones - Uruguay

I. ¿Le parece a usted que nuestros monasterios tienen como regla suprema el Evangelio?

²³⁰ *Carità e vita cristiana*, II parte, cap. 1, amor y caridad, pp. 175 ss.

²³¹ *Opus Dei*, en *Orientalia Christiana Analecta*, XIII, o *Etudes de spiritualité orientale*, O.C.A., 1969, p. 121 a p. 144, n. 183.

²³² En *Etudes de spiritualité orientale*, n. 183, o *Regina Mundi*, 1957, n. 6, p. 2 a p. 16.

Sí, como ideal, pero no siempre en la práctica.

II. ¿Cuál es la razón, según su manera de ver, por la cual no vivimos más intensamente el Evangelio?

No haber tomado “seriamente en serio” el Evangelio.

- Falta de una profunda reflexión personal, de un descubrimiento por uno mismo.
- Falta de guía para discernir lo esencial de lo accesorio.
- Falta de libertad en la obediencia y por eso falta de responsabilidad y viceversa.

Nuestra Regla ha sido escrita *para vivir* el Evangelio, según un estilo de vida. Hemos atendido más a los detalles del estilo que al Espíritu. Limitaciones que el mismo estilo de vida impone.

- Falta de coraje, timidez para señalar las desviaciones; conformismo al respeto humano.
- Liturgia: a veces más atentas a las fórmulas y rúbricas que a su contenido vital.

III. ¿Cuál ha sido la influencia del Evangelio en la renovación de los monasterios?

Mayor atención al Evangelio mismo. Confrontación más, , asidua con él. Mayor sencillez y libertad en el estilo de vida. Mayor respeto por el otro. Más conciencia de que la caridad no es sólo cortesía y camaradería.

En relación con nuestro mundo circundante, todavía no veo claro. Me parece que los pobres son bien acogidos y atendidos. ¿No se podría hacer más? Buena acogida y atención a todos los que llegan al monasterio. Mayor información de la actual situación del mundo, de los problemas que acucian a todos los hombres. Deseo de cooperar, según el estilo de nuestra vida, en el bien y la promoción de todos los hombres. Más sentido de la necesidad de los otros.

IV. ¿Qué habría que hacer, concretamente, para una mayor vigencia del Evangelio en las comunidades?

1. Ponernos de acuerdo: si todos los miembros de la Comunidad queremos vivir el Evangelio íntegra y absolutamente, con todos los riesgos que impone. Ejemplo: en caso de necesidad de tener que señalar a una persona amiga que pone trabas a la promoción de los más pobres y se corre el riesgo de que reciba mal la advertencia, hacerlo con caridad y prudencia pero con la necesaria libertad para aceptar que “nos odien”.

Otro ejemplo: promover entre las personas que visitan el monasterio: familiares, amigos, oblatos, la vivencia del Evangelio. Ayudarlos y que nos ayuden a practicar la justicia social como lo piden el Evangelio y la Iglesia, mentalizar, sugerir, ayudar a encontrar soluciones, todo siempre dentro de nuestro estilo de vida: *vida* de oración.

Vivir la liturgia que celebramos.

2. No dejar pasar una semana sin confrontar nuestra vida concreta con el Evangelio. Ejemplo: una vez a cada hermana concederle la palabra y la libertad de señalar lo que a ella le impresiona como desviación del Evangelio: en pobreza, austeridad, relaciones con los de adentro y los de afuera, qué hacemos en pro de todos los hombres en la actual situación del mundo, de América latina, de nuestro país, de nuestra diócesis. Cómo empleamos el tiempo que no nos pertenece.

Dejar que cada una diga todo lo que le parece, cómo le parece. Después, reflexionar y luego objetar, rectificar, ratificar. Querernos mucho mutuamente para poder decirnos lo que pensamos y recibir lo que nos decimos. No opinar sin informarnos seriamente. Tratar de ser lo más objetivas posible en los juicios a pesar de nuestros deseos y gustos. Que el ver siempre sólo el lado bueno de las cosas, me parece que nos hace conformistas y mutilamos la realidad.

3. Ver si lo que no se puede hacer comunitariamente, se puede hacer individualmente, teniendo siempre en cuenta los esenciales de nuestra vida monástica.

4. Hacer lo posible para que una vez al año tengamos un encuentro con alguien que nos ayude a una confrontación más profunda y universal. Estar atentas a las directivas de la Iglesia.

5. Dar cada vez más lugar al Espíritu, tratando de eliminar de nuestra vida individual y comunitaria todo lo que lo entristece. Pedirle instantemente que él nos mueva. ÉL NOS GUIARÁ A LA VERDAD COMPLETA.

La libertad del Evangelio y la obediencia al mismo, nos exigen la *kénosis* del Señor Jesús.

P. Jean Isaac, op

310 Rue de Vaugirard
75, Paris (15^{eme})
Francia

El Evangelio es la regla de la vida monástica porque es la de toda vida cristiana. De hecho, es cuestión de saber bajo qué influencia histórica la vida cristiana dio nacimiento –en otros tiempos– a la vida monástica y cuáles son las motivaciones psicológicas de los cristianos que se hacen monjes actualmente. Pues, siempre se lee el Evangelio con algunas ideas preconcebidas, y todo está en dilucidar lealmente el concepto que se tiene de Dios, del hombre y del misterio de Cristo para poder determinar, en lo posible, nuestros prejuicios.

Ahora bien, la vida monástica nació por reacción en el momento mismo en que los cristianos, liberados de las persecuciones, se lanzaban ostensiblemente, a los asuntos temporales. De ahí su aspecto contestatario. No nos parece que esto sea reprochable. Al contrario, tal contrapeso nos parece ser indispensable al equilibrio humano y espiritual del Cuerpo místico, sobre todo, en las horas en que la Iglesia está más comprometida en la edificación del mundo.

Pero muchos monjes han estado, ¡ay! impregnados de neoplatonismo o de maniqueísmo con todos los excesos que traen consigo la huida y el desprecio del mundo en nombre de una pretendida salvación por la penitencia y el éxtasis. Así como la contestación monástica con respecto al dinero, al poder y al yo es plenamente evangélica en su principio, así también su interpretación neoplatónica, –a *fortiori*, *maniquea*– es peligrosamente pagana.

Por otro lado, se ha visto a no pocos monasterios ceder a la tentación de la riqueza, del poder y de la exaltación del yo. La cosa ha sido justificada en general, por los beneficios que ellos proporcionaban trabajando la tierra, creando industrias o haciendo limosna. No se podría invocar mejor las tesis más capciosas del capitalismo liberal. Sea como fuere, era la contradicción absoluta con su vocación contestataria al servicio del Pueblo de Dios.

Entonces, ¿por qué hay quien se hace monje en nuestra época? ¿Acaso en el nombre del Dios Viviente de Jesucristo para su Iglesia –como lo esperamos con todo derecho– o en nombre del Bien de Platón para evadirse de un mundo de ensueño, así como lo pretenden ciertos cristianos, o tal vez en nombre de Mammón para dominar mejor el Universo, como lo creen nuestros adversarios? A cada uno corresponde responder en su alma y en su conciencia.

De cualquier manera, ante todo, habría que revisar la institución que los siglos pasados nos han legado, para liberarla de los rastros de neoplatonismo o de maniqueísmo que manchan su rostro y de las apariencias de poder que despistan a sus adversarios.

Luego habría que reinventarla, posando una mirada renovada sobre el Evangelio después de haberse empapado en las ideas del Concilio a propósito de la Iglesia en el mundo de hoy. De lo contrario no se le podrá restituir en el corazón mismo de las realidades de hoy su significado original: contestar en beneficio de los cristianos “comprometidos” –y por consiguiente ante sus ojos– los abusos amenazadores del dinero, del poder y del yo.

P. Hans Urs Von Balthasar

*Arnold Böcklin - Str. 42
4051 Basel - Suiza*

Reverenda Madre:

Siento muchísimo decepcionarla. Hubiera querido prestarle el servicio que me pide y contestar a sus cuatro preguntas.

Pero en primer lugar hace varias semanas que estoy enfermo y no consigo cumplir con mis deberes más urgentes.

En segundo lugar, le confieso sinceramente que no conozco bastante el monaquismo desde su interior como para poder dar respuestas realmente competentes.

Sin embargo no creo que haya que cambiar el fondo de la Regla benedictina; que la oración, los grados de la humildad, la obediencia, una pobreza verdaderamente espiritual, una hospitalidad que podría ser ampliada para acoger laicos deseosos de renovar el vigor de su vida espiritual – por lo tanto el oficio de padre espiritual–, la irradiación de un alma realmente enamorada de Dios, podría bastar como hilo conductor para una renovación.

In Domino.

P. Jacques Loew

*Grand Fontaine 33
1700 Friburgo - Suiza*

“El Padre Jacques Loew respondió a nuestra encuesta, enviándonos una carta en la cual dice:

“Le ruego me perdone por no haber contestado antes a su carta del 20 de enero en la que me pedía que respondiese a su encuesta sobre la Palabra de Dios. Lamentablemente no puedo complacerla, pues desde hace varias semanas no me alcanza el día para cumplir con todo cuanto se me pide, y sin duda esta situación se ha de prolongar por varios meses aún.

*“Sin embargo, me gustaría poder alentar a las órdenes religiosas a encontrarse nuevamente con la gran tradición de la *lectio divina*, con su *meditatio*, su *oratio*, y su *contemplatio*. Me parece que los hombres podrían luego imitar esto, y estoy convencido de que solamente el retorno a la Sagrada Escritura permitirá ver con claridad en los problemas que se plantean en nuestros días.*

*“Le envío un artículo que escribí a pedido de la revista *Résurrection*. Pero en realidad son reflexiones en voz alta que me he hecho a mí mismo, sin duda para afianzarme en la certeza en medio de tantas perplejidades que nos acometen por doquier. No tengo la pretensión de aportar luces decisivas, pero me parece que en él señalo con claridad que lo único que puede darnos*

firmeza es 'la Palabra de Dios'.